



Universidad Nacional de Rosario
**Facultad de Ciencia Política y
Relaciones Internacionales**
Carrera de Ciencia Política

“La casta tiene miedo: un análisis sobre la construcción del discurso de Javier Milei”

Tesina de grado

Estudiante: Franco Civetta

Legajo: C-2796/1

Directora: Dra. Mariana Berdondini

Fecha: 31/10/2024

Contacto: fcivetta89@gmail.com

Agradecimientos

A Carmen, por acompañarme con tanto amor, por creer en mí y por la paciencia.

A mi familia, en especial a mi padres, Claudia y Guillermo, porque mi decisión de estudiar una carrera universitaria también fue gracias a lo que ellos me transmitieron y al apoyo que me brindaron.

A mis amigos, por estar siempre para mí.

A Mariana Berdondini, por su generosidad, predisposición y compromiso. Por haberme ayudado a darle forma a este trabajo.

Y a la Universidad Nacional de Rosario, motivo de orgullo nacional, porque aquella transmisión que tomé de mis padres tiene una de sus raíces en la existencia de un sistema universitario público y de prestigio.

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo analizar el discurso de Javier Milei durante el período 2021-2023, desde que irrumpió en el campo político-institucional y se presentó como candidato a diputado nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, hasta que resultó electo presidente de la Nación. Para ello, se trabaja desde la perspectiva teórica desarrollada por Ernesto Laclau.

La pandemia, la crisis económica prolongada y la incapacidad de la dirigencia política para encauzar la situación, contribuyeron a crear las condiciones de posibilidad para el surgimiento del discurso de Milei. La caída del discurso de la clase política dominante generó un vacío que posibilitó la emergencia de este nuevo discurso, a partir del cual se pudiera significar la realidad.

De este modo, la intervención discursiva del líder libertario introdujo una lógica de equivalencia a partir de la cual una pluralidad de demandas dejaron de lado su reclamo particular, sin abandonarlo completamente, y se unificaron sobre la base de aquello que tenían en común: su rechazo hacia toda la clase política que había gobernado durante las últimas décadas. A su vez, el discurso de Milei trazó una frontera antagónica que dividió a la sociedad en dos partes en función de un criterio moral. Por un lado, los argentinos de bien, narrados como aquellos que se esfuerzan y viven del fruto de su trabajo en el sector privado, una significación que conectó con las experiencias de vida de un amplio sector social y con una moralidad que ya se encontraba fuertemente arraigada. Por el otro, la casta política, señalada como la responsable de la decadencia nacional y del empobrecimiento de la población, debido a que la integran todos los políticos que pertenecen al sistema, utilizan la gestión pública para enriquecerse y gozan de privilegios, a costa de la miseria de los argentinos de bien. Por último, el significante libertad pasó a operar bajo la lógica de la equivalencia y consolidó la cadena que unificaba a una pluralidad de demandas, transformándose en un significante vacío. De esta forma, la libertad representó la manera de nombrar un ideal de sociedad plena y realizada que era negado por la casta política y el Estado. En suma, el discurso de Milei no sólo resultó ser el portavoz de las intensas demandas sociales y del resentimiento hacia la clase política, sino que además operó como un anclaje para la identificación y dio vida a una nueva identidad popular.

Índice

Introducción	5
Capítulo 1: Marco teórico	8
1.1. El ascenso de la ultraderecha: desde los márgenes hacia el centro de escena. Definiciones de una categoría en construcción	8
1.2. La sociedad incompleta y la política como el ejercicio de lo imposible: la teoría política de Ernesto Laclau	14
1.2.1. La noción de discurso	14
1.2.2. Acerca de lo social y su falta constitutiva: articulación y significante vacío	15
1.2.3. La lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia	18
1.2.4. El sentido de lo político: el concepto de hegemonía	21
1.2.5. El populismo y la construcción del pueblo	22
1.2.6. Representación y voluntad popular: la relación representante-representado	25
Capítulo 2: Acerca del surgimiento del discurso de Milei	27
2.1. Estabilidad política y crisis económica: dos caras de la misma Argentina	27
2.2. La pandemia de Covid-19: la sociedad contra el Estado	30
2.3. Las condiciones de posibilidad del surgimiento del discurso de Milei	33
Capítulo 3: La construcción del discurso de Javier Milei	37
3.1. La conformación de un nuevo espacio político popular: ¿una nueva derecha?	37
3.2. Los rasgos populistas del discurso de Javier Milei	40
3.2.1. La equivalencia entre las demandas y la solución: ajuste a la casta y dolarización	41
3.2.2. La división de la sociedad: los argentinos de bien vs la casta política	44
3.2.3. Oíd, mortales, el grito sagrado: ¡libertad, libertad, libertad!	52
Conclusiones	57
Referencias bibliográficas	60

Introducción

La aparición de Javier Milei en la escena política argentina sacudió a un sistema político que parecía haber encontrado estabilidad en una suerte de bicoalicionismo: de un lado, las fuerzas nacional-populares y progresistas, agrupadas en el Frente de Todos; del otro, las fuerzas liberales y conservadoras, representadas por Juntos por el Cambio. De esta forma, el contundente triunfo de Milei en las elecciones presidenciales del año 2023, alcanzando el 56% de los votos en la segunda vuelta electoral, tomó por sorpresa a buena parte de la sociedad y de la clase política. Con gestos provocadores, un tono agresivo y con propuestas decididamente radicales, el líder libertario desafió a todo el andamiaje discursivo edificado y sostenido por la clase política dominante, así como también logró un amplio apoyo popular.

Si bien la victoria de Javier Milei se enmarca en un ascenso a nivel mundial de expresiones políticas de ultraderecha que no se puede desconocer, a su vez es un fenómeno político que presenta sus particularidades, propias de los procesos políticos, económicos y sociales de la Argentina. Estos procesos conformaron un contexto determinado, el cual creó ciertas condiciones que hicieron posible la emergencia del discurso de Milei. La producción de un discurso nunca ocurre en el vacío, sin una relación con el contexto, sino que guarda una estrecha relación con el mismo. Por este motivo, la presente investigación no se trata acerca de los rasgos en común entre Javier Milei y otros referentes de la ultraderecha mundial, sino que versa sobre un análisis acerca de lo específico del caso.

La emergencia de espacios políticos de ultraderecha es un fenómeno que se encuentra en exploración en el campo académico, en particular en América Latina. Dado que la victoria electoral de Javier Milei es un suceso político reciente y que su gobierno se encuentra en curso, se han llevado adelante pocas producciones académicas dedicadas a éste. En ese sentido, resulta de interés para la Ciencia Política realizar investigaciones acerca de la ultraderecha vernácula y sus particularidades en el contexto político, económico y social de Argentina.

La idea de la presente investigación surge en base a la inquietud por comprender este fenómeno político. Esta tesina se propone un análisis del discurso de Javier Milei durante el período 2021-2023, desde la perspectiva teórica de Ernesto Laclau. De esta manera, el análisis orbita sobre la función que cumplió ese

discurso, en tanto que sus formas (por ejemplo, su radicalidad o agresividad) y su contenido (la ideología que profesa o las propuestas) pueden ser o no relevantes en relación con esa función. Para emprender el análisis, se asume como un presupuesto teórico el carácter populista del discurso de Javier Milei, lo cual se encuentra fundamentado en base a la categoría de populismo desarrollada por Ernesto Laclau.

En este sentido, el objetivo general del trabajo es analizar la composición de los principales rasgos populistas del discurso mediante el cual Javier Milei resultó electo presidente de la Nación en el año 2023. Para ello, se plantean los siguientes objetivos específicos: describir de qué forma articuló diferentes demandas en una cadena de equivalencia, analizar la frontera antagónica trazada que constituyó a esa cadena e identificar cuál fue el significante vacío que consolidó la cadena.

Metodológicamente, se pone en diálogo a la bibliografía seleccionada junto con diversas fuentes: discursos políticos, spots publicitarios provenientes de campañas políticas, elementos iconográficos y publicaciones en redes sociales. De esta manera, se emplea una estrategia hermenéutica que permita desentrañar la composición de los principales rasgos populistas de su discurso. En ese sentido, son seleccionados determinados elementos que son considerados como los más relevantes para la investigación que se pretende realizar. Es decir que se explorarán algunas aristas que contribuyan a la explicación del fenómeno político recientemente acontecido, mientras que otras cuestiones no son tenidas en cuenta y pueden ser recogidas por futuras investigaciones. La investigación toma el período 2021-2023, desde que Javier Milei irrumpió en el campo político-institucional y se presentó como candidato a diputado nacional por Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), hasta que resultó electo presidente de la Nación.

De acuerdo a lo anterior, la presente tesina se estructura a partir de tres capítulos. El capítulo 1 versa sobre dos asuntos: el estado del arte y el marco teórico. En primer lugar, se recogen distintas producciones académicas vinculadas con el estudio acerca de la ultraderecha a nivel mundial y regional. En segundo lugar, se desarrolla la teoría de Ernesto Laclau, la cual es utilizada como herramienta para el análisis del discurso de Milei.

En el capítulo 2, se describen ciertos procesos económicos, sociales y políticos que conformaron el contexto en el cual emergió el discurso del líder libertario. La importancia de este capítulo reside en que la producción de un discurso

nunca ocurre en el vacío, sin una relación con el contexto, sino que guarda una estrecha relación con el mismo.

Finalmente, en el capítulo 3, en primer lugar, se describe la formación del espacio político del actual presidente, La Libertad Avanza (LLA), a partir del estudio desarrollado en el libro coordinado por Semán (2023), en el cual participan Sergio Morresi, Martín Vicente, Melina Vázquez, Ezequiel Saferstein y Nicolás Welschinger. En segundo lugar, se lleva a cabo el análisis del discurso de Milei a partir de dos dimensiones. Por un lado, se analiza cómo su discurso le otorgó un significado a la acumulación de diferentes demandas insatisfechas, las unificó (es decir, estableció una equivalencia) en oposición a un sistema institucional que no ofrecía respuestas, y propuso soluciones concretas para ellas. Por el otro, se identifican los dos principales rasgos populistas del discurso de Milei y se describen de qué forma operaron. En primer lugar, la división de la sociedad en dos campos antagónicos: por un lado, la casta política y, por el otro, los argentinos de bien. En segundo lugar, la construcción del término “libertad” como el significante vacío capaz de articular una pluralidad de demandas en una cadena de equivalencia construida en oposición al orden político-institucional vigente.

Capítulo 1: Marco teórico

1.1. El ascenso de la ultraderecha: desde los márgenes hacia el centro de escena. Definiciones de una categoría en construcción

Diferentes autores sostienen que en el escenario político mundial, incluida América Latina, proliferan fuerzas políticas pertenecientes a una derecha más radicalizada o extrema (Mudde, 2021; Stefanoni, 2021; Forti, 2021; Rovira Kaltwasser, 2023). Sin embargo, estos mismos autores coinciden en que no hay un consenso académico acerca de cómo nombrarlas, es decir que no existe una única categoría aceptada universalmente en las Ciencias Sociales a la hora de definir las.

Mudde (2021) y Rovira Kaltwasser (2023) coinciden en denominar a estas expresiones políticas como ultraderecha. Sin embargo, ambos autores establecen una diferenciación interna que engloba a: por un lado, la derecha radical o derecha populista radical, que acepta las reglas mínima de la democracia y crece electoralmente dentro de ella en función de sus fuertes críticas al orden establecido, llegando a rechazar o al menos tensionar ciertos elementos liberales fundamentales de la democracia; por el otro, la extrema derecha, que ataca frontalmente la esencia de la democracia, es decir la soberanía popular y el principio de la mayoría, y presenta rasgos decididamente autoritarios. La presente investigación toma como referencia a estas definiciones, las cuales también son utilizadas por Vommaro (2023) para analizar el caso argentino. En el mismo sentido, Morresi y Vicente (2023: 74) afirman que LLA “participa en la democracia liberal que la Argentina viene construyendo desde 1983, pero se ubica en tensión con los valores sobre los que esa democracia se sustenta”. Es decir que Javier Milei y su partido político presentan más afinidades con la noción de derecha populista radical; sin ir más lejos, su triunfo se dio en el marco de una elección democrática.

Por su parte, Stefanoni (2021) no propone una categoría única y utiliza distintos términos -como extrema derecha, derecha alternativa o populismo de derecha- apostando a que las contextualizaciones dejen en claro a qué se refiere según el caso. Mientras que Forti (2021) postula una nueva “macrocategoría”: extrema derecha 2.0. Esta nueva categorización permitiría ubicar a estas fuerzas políticas en un espectro ideológico claro, resaltar su diferencia respecto de

experiencias políticas pasadas (fundamentalmente del fascismo), y poner énfasis en la importancia del manejo de las nuevas tecnologías. De este modo, el autor sostiene que las macrocategorías resultan útiles para comprender los procesos históricos, y así como utilizamos los términos liberalismo o comunismo para hablar de fenómenos muy distintos, también puede aplicarse el mismo criterio en este caso.

Más allá de la elección de una u otra categoría a la hora de nombrar este fenómeno, todos los autores mencionados coinciden en que estas fuerzas políticas se diferencian tanto de la izquierda como de la derecha convencional en ciertos rasgos principales: el ataque a los valores e ideas consideradas progresistas, a la corrección política y a grupos minoritarios (pertenecientes a la diversidad sexual o inmigrantes). Incluso, como señala Souroujon (2022), la incorrección política se ha transformado en una virtud. En relación con el surgimiento de Javier Milei, según Stefanoni (2021), Rovira Kaltwasser (2023), Semán (2023), Morresi y Vicente (2023), y Vommaro (2023), es un fenómeno que se enmarca en esta corriente de las ultraderechas. No obstante, es importante mantener prudencia respecto a la homologación del caso argentino al resto de las experiencias mundiales, ya que “las comparaciones que se hacen entre países esconden heterogeneidades insanables al equiparar escalas muy disímiles y aplanar significaciones muy diversas”; por ello, “no se trata de hacer *checklists* para establecer analogías, sino de usar lo que sabemos de otros casos para pensar los propios” (Semán, 2023: 13-14).

En rigor, es conveniente aclarar de qué hablamos cuando hablamos de “izquierda” y “derecha”, al menos en los términos a los que adhiere el presente trabajo, ya que son categorías que se han tornado un tanto difusas pero que sin duda son relevantes, fundamentalmente porque cumplen la función de señalar algo que las trasciende, que permanece más allá de su paso por el lenguaje: nombran una estructura esencial y originariamente dicotómica del universo político (Bobbio, 1996). Sabemos, en principio, que esta distinción ideológica tiene su origen en la Revolución Francesa debido a que, luego de decapitar al rey y en el marco de una Asamblea Nacional, quienes estaban a favor del Antiguo Régimen optaron por sentarse a la derecha de quien presidía dicha asamblea y quienes defendían la instauración de un nuevo orden se ubicaron en el sector izquierdo (Rovira Kaltwasser, 2023). De este modo, en el origen de estas categorías, nos encontramos con que la derecha se alzaba en la defensa del status quo y estaba asociada a una posición conservadora; mientras que la izquierda bregaba por un

cambio radical, por una revolución que modificara de raíz el orden establecido y constituyera uno nuevo.

Pero Bobbio (1996) logra precisar el fondo de la cuestión, es decir, qué es aquello que distingue desde hace más de dos siglos a cada parte de esta diada: la izquierda, identificada con lo igualitario, sostiene que la mayoría de las desigualdades son construcciones sociales y, por ende, pueden ser eliminadas o al menos atenuadas mediante la intervención del Estado; la derecha, identificada con lo no igualitario, postula que la mayoría de las desigualdades son naturales y, por ello, no pueden ni deben ser suprimidas. Al respecto de esta distinción y en relación con la ultraderecha, Rovira Kaltwasser (2023) afirma que a la hora de pensar las desigualdades y su origen, ya sea natural o social, es necesario tener en cuenta no sólo las condiciones socioeconómicas sino también las socioculturales, ya que “el debate sobre las ultraderechas no se vincula tanto con las políticas económicas que se defienden, sino más bien y, fundamentalmente, con las políticas culturales que se promueven”. Sin embargo, sobre el caso argentino Semán y Welschinger (2023: 184) afirman:

Vemos menos una rebelión contra los avances de la agenda identitaria (aunque en parte también se la cuestione) que el hecho de que atravesamos cuarenta años de democracia en los que los momentos de crecimiento han sido extraños y los últimos diez años han sido de estanflación.

Por otra parte, en relación con el surgimiento de la ultraderecha, Mudde (2021) sostiene que no es un fenómeno estrictamente novedoso sino que esta expresión política ha estado presente, al menos en Europa, desde la posguerra en adelante y ha sido denominadas de distintas maneras: neofascismo, extrema derecha, populismo de derecha, derecha radical y ultraderecha. Aunque Rovira Kaltwasser (2023) y Mudde (2021) coinciden en que la expansión de la ultraderecha en Europa, a fuerza de éxitos electorales, tuvo lugar a partir de la década de 1980, el segundo afirma que hasta comienzos del siglo XXI estas fuerzas políticas se encontraban relegadas del sistema político, ya que eran excluidas de las coaliciones y no lograban generar una influencia en la agenda política. A partir del corriente siglo, la ultraderecha comenzó su expansión hacia el continente americano, primero en Estados Unidos con el triunfo de Donald Trump en el año 2016 y, más tarde, en distintos países de América Latina, con la emblemática victoria de Jair Bolsonaro en Brasil en 2018.

Pero además de importantes y numerosos triunfos electorales, la ultraderecha ha mostrado una capacidad para influir en la agenda política, llegando a establecer los temas de debate e incluso los términos en los cuales se discute, corriendo los límites de lo decible. En ese sentido, lo novedoso de esta época, según Mudde (2021), es la desmarginación y la normalización a nivel global de estas fuerzas políticas que otrora se encontraban operando en los márgenes del sistema político. La normalización de aquello que solía ser inaceptable, el corrimiento de los límites respecto de lo decible en el espacio público “es la venganza en el terreno de lo imaginario, de lo espiritual, que resulta de las distintas capas de resentimiento y de la habilidad del líder de apelar, de dar forma a estos sustratos emotivos” (Souroujon, 2022: 113).

En relación con un diagnóstico acerca de la ultraderecha en América Latina, Rovira Kaltwasser (2023) plantea algunos argumentos tentativos, dado que señala que actualmente no hay suficiente teorización. De esta manera, sugiere tres cuestiones: en primer lugar, que el crecimiento de la ultraderecha se debe en parte al castigo de los votantes hacia los gobiernos de izquierda, debido a su incapacidad de respuesta frente a las demandas ciudadanas, fundamentalmente sobre la seguridad pública (tema en el cual la ultraderecha suele promover políticas de punitivismo penal que generan adhesión); en segundo lugar, que el agotamiento de los proyectos de derecha convencional generó un vacío de representación que la ultraderecha supo aprovechar para diferenciarse políticamente y presentar otras propuestas; por último, que existe una red de apoyo transnacional que beneficia a estas fuerzas políticas emergentes, aunque reconoce que es un asunto muy poco estudiado.

De este modo, la razón más robusta que postula el autor para explicar, al menos en forma preliminar, el surgimiento de la ultraderecha en Latinoamérica es el fracaso de los últimos gobiernos, ya sean de derecha o de izquierda, a la hora de resolver las principales problemáticas y de construir un proyecto político sostenible. En consecuencia, puede inferirse que la motivación de los votantes para elegir opciones más extremas, que tensionan con los principios liberales de la democracia o que se oponen a ellos, no se relaciona tanto con un desprecio *per se* hacia la democracia sino más bien con un descontento y una frustración debido a la falta de respuesta en el ejercicio de gobierno. Como veremos en el siguiente capítulo, este

motivo, junto con la pandemia de Covid-19, fueron pilares en el surgimiento de la figura de Javier Milei.

Otro aspecto relevante en relación con el surgimiento de la ultraderecha, se encuentra vinculado con la dimensión afectiva propia de la política. En ese sentido, diferentes autores señalan que esta fuerza política se ha alimentado de un sentimiento particular de la época: el resentimiento. Forti (2021) sostiene que predominan el rencor, el desapego y la hostilidad hacia las elites de gobierno y hacia diferentes actores institucionales (en Argentina podemos identificarlo en relación con los sindicatos, los partidos políticos, el Congreso, el Poder Judicial, entre otros) por parte de aquellas personas que sienten haber quedado afuera del relato colectivo, que perciben haber sido marginados intencionalmente. El autor hace hincapié en ciertas sensaciones y emociones presentes en las sociedades, como el miedo, la inseguridad, la relegación, la insatisfacción, la privación; todos elementos que Forti vincula con un resentimiento generalizado que estalló en la última década.

Por su parte, Rovira Kaltwasser (2023) afirma que la ultraderecha tiene uno de sus motores en el resentimiento hacia grupos minoritarios ascendentes y, aunque su objetivo no es necesariamente erradicar o eliminar a las minorías, procura suprimir la influencia de éstas en la toma de decisiones respecto a las políticas públicas y la distribución de recursos gubernamentales. Asimismo, señala que en el caso de América Latina el núcleo de disputa se encuentra ligado a temas como el género y la identidad sexual, a diferencia de Europa en donde predomina la temática migratoria. Sin embargo, el autor advierte que sería incorrecto considerar, en forma simplista, que los votantes de la región latinoamericana se han tornado conservadores y que por ello reaccionan contra posturas progresistas. Por el contrario, sostiene que existe evidencia empírica que indica que no hay un giro conservador en el electorado.

Souroujon (2022) precisamente pone el foco en robustecer el desarrollo conceptual acerca del resentimiento, reconociendo que forma parte del combustible que alimenta la emergencia de la derecha radical populista. En ese sentido, sostiene que

A diferencia de la ira o la furia que son emociones discretas, simples, de reacción inmediata y que poseen un objetivo claro y determinado, el resentimiento —como hemos advertido— es una emoción más compleja que mezcla vergüenza, frustración, impotencia y venganza,

una emoción de larga duración y gran profundidad (Souroujon, 2022: 113).

El autor postula que pueden diferenciarse distintas capas de sentido dentro de este sentimiento, que sólo pueden ser distinguidas analíticamente pero que en la práctica están entrelazadas. Cada una de estas capas se articula contra un grupo que resulta objeto del resentimiento: “la elite cultural, las minorías favorecidas por las políticas afirmativas y el Estado de bienestar, el establishment político alejado del verdadero pueblo y cómplice de las injusticias imperantes, y los inmigrantes que amenazan con erosionar la cultura identitaria” (Souroujon, 2022: 109).

1.2. La sociedad incompleta y la política como el ejercicio de lo imposible: la teoría política de Ernesto Laclau

Ernesto Laclau supo desarrollar su propia teoría política, que se inscribe en la tradición de pensamiento posmarxista. Sus obras marcaron un punto de inflexión al cuestionar una premisa conceptual fundamental del marxismo (aunque no exclusiva de él): el esencialismo, es decir, la idea de que subyacen determinaciones que guían el curso de la historia. Rechazar esta premisa implica desestimar dos importantes postulados del marxismo: el determinismo económico (la determinación en última instancia de la superestructura por la estructura económica), por un lado; y la idea del proletariado como sujeto privilegiado para dar la lucha de clases, es decir, como aquel sujeto que necesariamente es el portador de la génesis revolucionaria, por el otro. A continuación, se desarrollan algunos conceptos claves del autor, los cuales son fundamentales para el análisis que se realiza en la presente tesina.

1.2.1. La noción de discurso

El esquema teórico elaborado por Laclau resulta pertinente para interpretar los procesos políticos desde un análisis del discurso, entendiendo al discurso como “el terreno primario de constitución de la objetividad como tal” (Laclau, 2005: 77). De esta forma, comprende un conjunto de prácticas que generan una producción de sentido acerca de la experiencia social. Es importante detenernos en este punto, que se considera oportunamente ejemplificado en conjunto con Chantal Mouffe:

Toda configuración social es una configuración *significativa*. Si pateo un objeto esférico en la calle o si pateo una pelota de un partido de fútbol, el hecho *físico* es el mismo, pero su *significado* es diferente. El objeto es una pelota de fútbol solo en la medida en que él establece un sistema de relaciones con otros objetos, y estas relaciones no están dadas por la mera referencia material de los objetos sino que son, por el contrario, socialmente construidas. Este conjunto sistemático de relaciones es lo que llamamos discurso. (Laclau, 1993: 114-115).

Sin embargo, siguiendo el ejemplo, los autores aclaran que esta definición sobre el discurso no desconoce el hecho que la pelota de fútbol tiene una existencia material. Tomando otro objeto para ilustrar, los autores señalan que “una piedra existe independientemente de todo sistema de relaciones sociales, pero es, por ejemplo, o bien un proyectil, o bien un objeto de contemplación estética, sólo dentro de una configuración discursiva específica” (Laclau, 1993: 115). De la misma forma,

un terremoto es un hecho que ocurre independientemente de la voluntad de las personas, pero el hecho de que su especificidad como objeto se construya en términos de un “fenómeno natural” o de la “expresión de la ira de Dios” depende de la estructuración de un campo discursivo (Laclau y Mouffe, 2015). Es decir que “todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva” (Laclau y Mouffe, 2015: 144-145).

Es decir que el discurso no niega ni relativiza la existencia material sino que, por el contrario, la vuelve inteligible, ya que en el discurso se inscriben un significante que nombra esa existencia material y un significado que le otorga un sentido. Así, “lo que se niega no es la existencia, externa al pensamiento, de dichos objetos, sino la afirmación de que ellos puedan constituirse como objetos al margen de toda condición discursiva de emergencia” (Laclau y Mouffe, 2015: 146-147). Por ello, no se trata de reemplazar la existencia física de las cosas por la construcción social discursiva sino más bien los autores postulan que la realidad en un sentido “puro”, “objetivo”, es decir, sin mediación discursiva, no existe; o, al menos, resulta un terreno inaccesible. En consecuencia, la objetividad como tal no existe sino a través de la articulación de un discurso.

1.2.2. Acerca de lo social y su falta constitutiva: articulación y significante vacío

Definida la noción de discurso, podemos adentrarnos un poco más en la teoría política elaborada por el autor. Laclau critica la idea de que existe una sociedad como si se tratara de una totalidad completa y cerrada, en donde se encuentran contenidos en forma más o menos estable todos los grupos o identidades colectivas. Descarta la concepción de la sociedad como “un conjunto unificado por leyes necesarias” debido a que “no existe un espacio suturado que podamos concebir como una “sociedad”, ya que lo social carecería de esencia” (Laclau y Mouffe, 2015: 132). Según los autores, lo social se estructura en torno a un vacío, a una falta constitutiva que impide el cierre completo en una sociedad unificada, armónica. Por el contrario, lo inmanente es el conflicto que se origina a partir de esa falta y esa es precisamente la razón de ser de la existencia de lo político: la lucha por llenar ese vacío. En ese sentido, existen “diversos “órdenes

sociales” como intentos precarios y en última instancia fallidos de domesticar el campo de las diferencias” (Laclau y Mouffe, 2015: 132).

De esta manera, postula que lo social logra configurarse -siempre mediante un discurso- como una totalidad sólo a condición de que ésta sea precaria y contingente. Precaria, dado que no es posible establecer de manera definitiva un sistema de significación que pueda simbolizarlo todo, ni una hegemonía política que no desatienda algunas demandas ni sea cuestionada con éxito por otro discurso. Contingente, debido a que no existe ninguna determinación, ninguna articulación a priori, ni ninguna relación necesaria entre un conjunto de demandas y una identidad, o entre distintas demandas, o entre identidad e ideología, etc.

En reemplazo de la idea esencialista, y en consonancia con el carácter contingente de lo social, Laclau propone el término “articulación” para denominar a “toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica” (Laclau y Mouffe, 2015: 142-143). En ese sentido, ni las identidades colectivas, ni lo social, son preexistentes al discurso; no se encuentran atados a una fijación de sentido último, preestablecido, sino que están sobredeterminados a través del discurso. Es decir que se constituyen como tales mediante el campo de lo simbólico y, por lo tanto, nunca logran ser plenamente fijados a una literalidad última. Por ello, “es el discurso el que constituye la posición del sujeto como agente social, y no, por el contrario, el agente social el que es el origen del discurso” (Laclau, 1993: 115). De este modo,

La práctica articuladora consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad. (Laclau y Mouffe, 2015: 154).

Para explicar cómo se constituye la totalidad dentro de lo social, Laclau (1996: 71) subraya el carácter sistémico de ésta y se remite a Saussure y sus enseñanzas respecto del lenguaje, afirmando que “la lengua (y por extensión todas las estructuras significativas) es un sistema de diferencias”. En consecuencia, sostiene que para que exista una totalidad, en donde se encuentran contenidos una serie de elementos diferenciales, necesariamente tiene que haber un límite que delimita aquello que está adentro y aquello que está afuera. Sin embargo, no es posible significar este límite ya que precisamente representa una interrupción en el proceso de significación; este límite no puede establecer una mera diferencia

respecto de los demás elementos porque, en ese caso, sería un elemento más y estaría contenido dentro de ese sistema de diferencias. Aquí la paradoja: “aquello que constituye la condición de posibilidad de un sistema significativo -sus límites- es también aquello que constituye su condición de imposibilidad -un bloqueo en la expansión continua del proceso de significación-” (Laclau, 1996: 71). De esta forma, este límite representa lo expulsado por ese sistema, es decir, una exclusión radical, que es la condición necesaria para la existencia de cualquier sistema o totalidad. Sumado a ello, este límite antagónico introduce una división dentro del sistema de diferencias que el mismo límite instituye, a saber:

Por un lado, cada elemento del sistema sólo tiene una identidad en la medida en que es diferente de los otros. (...) Por el otro lado, sin embargo, todas estas diferencias son equivalentes las unas a las otras en la medida en que todas ellas pertenecen al lado interno de la frontera de exclusión. (...) Dado que sólo hay sistema en la medida en que hay exclusión radical, esta división o ambivalencia es constitutiva de toda identidad sistémica (Laclau, 1996: 72-73).

Por ello, el sistema se constituye a través de una negatividad, de un exterior antagónico, lo cual implica que, por definición, “el sistema no puede tener ningún fundamento positivo y que, en consecuencia, tampoco puede significarse a sí mismo en términos de ningún significado positivo” (Laclau, 1996: 73). Además, aquella exclusión radical, ese más allá del sistema, representa una amenaza radical para éste y el propio sistema lo demoniza de tal modo que se interpreta como pura negatividad, como “el mal”. Pero para poder significar esta operación es necesario subvertir el proceso mismo de significación, dado que no se trata de una diferencia más sino de una exclusión radical que origina a todas las diferencias; y dado que la representación opera a través de un sistema de diferencias, entonces

Es sólo si el carácter diferencial de las unidades significativas es subvertido, sólo si los significantes se vacían de todo vínculo con significados particulares y asumen el papel de representar el puro ser del sistema -o, más bien, el sistema como ser puro y simple- que tal significación es posible (Laclau, 1996: 75).

Es decir que, para que un sistema pueda significarse a sí mismo como una totalidad, resulta necesario que un signifiante (o unos significantes) abandone su carácter diferencial, es decir, se vacíe de sentido y, en cambio, pase a representar al sistema como tal; de esta manera, ese signifiante se desvincula de su significado y pasa a operar bajo la lógica de la equivalencia. En ese sentido, Laclau (1996: 78)

afirma que “la función de representar al sistema como totalidad depende, en consecuencia, de la posibilidad de que la dimensión de equivalencia prevalezca netamente sobre la dimensión diferencial”. Así es como surgen los significantes vacíos y allí radica su importancia para la política, ya que representan la falta constitutiva de lo social, es decir, la plenitud comunitaria ausente, el ideal de sociedad plenamente realizada, completa y armónica. Por lo tanto, la representación del sistema como tal, mediante la producción de significantes vacíos, no sólo remite a una totalidad que está ausente sino que además se refiere a aquello que por definición es inalcanzable, a un objeto imposible que es, a la vez, necesario. Según el autor,

Puede haber significantes vacíos dentro del campo de la significación porque todo sistema significativo está estructurado en torno a un lugar vacío que resulta de la imposibilidad de producir un objeto que es, sin embargo, requerido por la sistematicidad del sistema (Laclau, 1996: 76).

Es importante resaltar que el significante vacío, dado que expresa una plenitud comunitaria ausente, no se halla vinculado a ningún concepto en particular, no está relacionado a un contenido abstracto sino, estrictamente, vacío.

1.2.3. La lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia

Para ilustrar los conceptos denominados lógica de la diferencia y lógica de la equivalencia se puede comenzar desagregando a la unidad identitaria en demandas. De esta forma, es posible identificar diferentes demandas, aisladas entre sí, persiguiendo cada una sus propios intereses.

Tenemos una *demanda* que, inicialmente tal vez sea solo una *petición*. Si la demanda es satisfecha, allí termina el problema; pero si no lo es, la gente puede comenzar a percibir que los vecinos tienen otras demandas igualmente insatisfechas -problemas de agua, salud, educación, etcétera-. Si la situación permanece igual por un determinado tiempo, habrá una acumulación de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional para absorberlas de un modo *diferencial* (cada una de manera separada de las otras) y esto establece entre ellas una relación *equivalencial*. El resultado fácilmente podría ser, si no es interrumpido por factores externos, el surgimiento de un abismo cada vez mayor que separe al sistema institucional de la población. (Laclau, 2005: 83).

De este modo, al imaginar una identidad colectiva que emprende una lucha en el campo político, rápidamente se puede observar la división interna que la

habita: por un lado, el carácter diferencial que le da sentido a cada demanda en particular, la razón de ser de éstas, el motivo por el cual se han movilizadas y han adherido a la causa que esa identidad colectiva representa; por el otro, el carácter equivalencial del conjunto de demandas en base a su oposición a un orden establecido.

Aquí aparece la tensión entre dos conceptos claves en la obra del autor, que fueron ya mencionados pero que resulta importante explicitar su contenido: la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. La primera se refiere a aquella forma de construcción de lo social que resalta la particularidad de cada demanda, es decir que prioriza aquello que es propio de cada una, lo que la diferencia del resto. Bajo esta lógica no es posible establecer una unión entre las demandas ya que cada una privilegia su propia identidad individual y no está dispuesta a resignarla en pos de priorizar aquello que tiene en común con otras identidades. En consecuencia, las demandas permanecen aisladas entre sí, sin más lazo que aquello que las diferencia. Si una de ellas es resuelta o satisfecha por el orden establecido, ya no tiene por qué cuestionar lo instituido y, de esta forma, se inscribe en una totalidad discursiva de tipo institucional. El éxito del orden institucional es precisamente mantener las demandas aisladas y absorberlas de modo diferencial, una por una, dentro de su propio discurso. Por este motivo, Laclau (2005: 91) afirma que “un discurso institucionalista es aquel que intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad”.

La segunda, en cambio, en lugar de resaltar la particularidad de cada demanda, que es el rasgo que las diferencia, pone el énfasis en aquello que tienen en común, en el rasgo equivalente que las une: esto es, la oposición al orden establecido que le impide su realización a cada identidad individual. De esta manera, bajo la lógica de la equivalencia se traza una frontera de exclusión que divide a lo social en dos campos: de un lado, el pueblo que se ve impedido de satisfacer sus demandas y alcanzar su ideal de plenitud comunitaria; del otro, un grupo social determinado al cual se lo identifica como el responsable de negarle su realización al pueblo. Esta es precisamente la lógica del discurso populista.

Entonces, en el caso del discurso institucionalista “la diferencialidad reclama ser concebida como el único equivalente legítimo: todas las diferencias son consideradas igualmente válidas dentro de una totalidad más amplia” (Laclau, 2005: 91). Mientras que, en el caso del populismo, “esta simetría se quiebra: hay una parte

que se identifica con el todo”, es decir que el pueblo se constituye como “un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebida como la única totalidad legítima”; de esta forma, “va a tener lugar una exclusión radical *dentro* del espacio comunitario” (Laclau, 2005: 91-92). En síntesis:

Tenemos dos formas de construcción de lo social: o bien mediante la afirmación de la particularidad -en nuestro caso, un particularismo de las demandas-, cuyos únicos lazos con otras particularidades son de una naturaleza diferencial (como hemos visto: sin términos positivos, sólo diferencias), o bien mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen, equivalentemente, en común. La segunda manera de construcción de lo social implica el trazado de una frontera antagónica; la primera, no. A la primera manera de construcción de lo social la hemos denominado *lógica de la diferencia*, y a la segunda, *lógica de la equivalencia*. (Laclau, 2005: 87).

Sin embargo, es importante realizar una observación. Una formación social que se organiza en torno a un sistema institucional que satisface las distintas demandas de modo diferencial “sería incapaz de diferenciarse a sí misma de cualquier otra cosa, esa sociedad no podría totalizarse, no podría crear un «pueblo»” (Laclau, 2005: 88). No obstante, en esa formación social siempre aparecen conflictos, obstáculos, que brindan la posibilidad de identificar a un enemigo dentro de ese orden y de introducir un discurso que genere la división social propia de la lógica de la equivalencia. A su vez, esta última no pretende ni puede eliminar las diferencias entre cada demanda, ya que si no hubiera una particularidad entonces tampoco habría un fundamento para la equivalencia. Por lo tanto, aunque “la equivalencia y la diferencia son finalmente incompatibles entre sí”, por otro lado también “se necesitan la una a la otra como condiciones necesarias para la construcción de lo social” (Laclau, 2005: 90). De esta forma, “lo social no es otra cosa que el locus de esta tensión insoluble” (Laclau, 2005: 90). Por ello es que la totalidad que se construye desde lo político “constituye un objeto que es a la vez imposible y necesario. Imposible porque la tensión entre equivalencia y diferencia es, en última instancia, insuperable; necesario porque sin algún tipo de cierre, por más precario que fuera, no habría ninguna significación ni identidad” (Laclau, 2005: 79).

1.2.4. El sentido de lo político: el concepto de hegemonía

Lo social funciona de esta manera dado que, como mencionamos anteriormente, siempre hay algo que queda por fuera del orden simbólico establecido, hay una falta constitutiva que impide el cierre completo en una sociedad plenamente realizada y armónica. Una sociedad que no estuviera atravesada por esa falta sería una sociedad sin política. Aquí es donde emerge con fuerza el sentido de lo político: en intentar llenar ese vacío, que es la definición misma de hegemonía y que implica la disputa entre las distintas fuerzas políticas por decidir con qué se lo ha de llenar.

Sin embargo, ese vacío es una ausencia que siempre está, que se escurre, que cuando logra hacerse presente (es decir, cuando se la representa) se produce una nueva ausencia; y, de la misma manera, ese vacío nunca puede ser llenado de forma completa y definitiva. Esta es la condición misma de la existencia de lo político: es el carácter incompleto de lo social lo que lo hace posible, lo que pone en movimiento el cambio social y lo que habilita la contingencia. Por esa misma razón, lo político nunca puede lograr su cometido de una vez y para siempre, y por ello implica una tarea imposible, una disputa hegemónica eterna.

En este punto, Laclau toma el concepto de “lo Real” de Lacan y lo incorpora a su teoría. Parafraseando una definición de Lacan acerca de esta noción, podemos afirmar que el vacío de lo social es aquello que no cesa de no inscribirse en el discurso, es decir, aquello que no puede ser simbolizado. Hay una falta que se desplaza, impidiendo que haya una sutura definitiva y que sea posible un cierre discursivo total y una sociedad plenamente realizada. Así como no es posible acceder a lo Real por la vía de la representación simbólica, tampoco es posible acceder al vacío de lo social. Es por ello que la representación política es el intento de hacer presente esa ausencia, y la producción de significantes vacíos cumple precisamente esa función. Por ese motivo, Laclau (1996: 84) señala que “la política es posible porque la imposibilidad constitutiva de la sociedad sólo puede representarse a sí misma a través de la producción de significantes vacíos”.

1.2.5. El populismo y la construcción del pueblo

El populismo según Laclau (2005: 6) es “un modo de construir lo político” en donde prima la lógica de la equivalencia. Las condiciones básicas que dan origen al populismo son tres:

La unificación de una pluralidad de demandas en una cadena equivalencial; la constitución de una frontera interna que divide a la sociedad en dos campos; la consolidación de la cadena equivalencial mediante la construcción de una identidad popular que es cualitativamente algo más que la simple suma de los lazos equivalenciales. (Laclau, 2005: 86).

La primera condición hace referencia a aquella falta constitutiva en lo social que impide la plenitud comunitaria o la armonía social. Esta falta es representada a través de diferentes demandas sociales, las cuales, a partir de la intervención del discurso populista, se unifican en base a aquello que tienen en común: su oposición al orden establecido; conformando así una cadena de equivalencia. Si, por el contrario, existiera una sociedad que pudiera constituir un orden institucional en el que todas las demandas se encontraran satisfechas dentro de su propio marco de funcionamiento, “no habría populismo pero, por razones obvias, tampoco habría política” (Laclau, 2005: 129).

En segundo lugar, esta plenitud comunitaria ausente, esta dislocación del orden social, habilita la posibilidad de establecer una frontera antagónica dentro de lo social. La insatisfacción de demandas sociales, que están vinculadas a la experiencia de la falta, necesariamente dirige la mirada hacia el por qué de esa insatisfacción y, en consecuencia, hacia los responsables ya que “una demanda siempre está dirigida a alguien” (Laclau, 2005: 96). Aquí es donde aparece “una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro” (Laclau, 2005: 96). Por lo tanto, el pueblo se constituye como el único grupo legítimo, como la parcialidad que reclama la función de ser la totalidad de la comunidad, es decir, se identifica la parte con el todo; ya que “como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como *ser deficiente*, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha con ellos es insalvable” (Laclau, 2005: 96).

La última condición se refiere a la conformación de la identidad popular. Como fue mencionado anteriormente, en el populismo sucede que una determinada identidad, que es parte de la cadena de equivalencia junto con otras identidades o demandas, de repente encarna una función totalizadora; es decir, abandona (aunque no completamente) su rasgo diferencial y pasa a ser la representación de la cadena equivalencial. De esta modo, ocurre que “la función de representar la «universalidad» relativa de la cadena va a prevalecer sobre la de expresar el reclamo particular que constituye el material que sostiene esa función”, y es por ello que el autor sostiene que “una identidad popular funciona como un significante tendencialmente vacío” (Laclau, 2005: 107). En ese sentido, el pueblo como tal “surge cuando esa plenitud no es alcanzada y objetos parciales dentro de la sociedad (objetivos, figuras, símbolos) son investidos de tal manera que se convierten en los nombres de su ausencia” (Laclau, 2005: 129). Es decir que “la construcción del «pueblo» va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente” (Laclau, 2005: 96). Por lo tanto, “«el pueblo» no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales. En otros términos, es una forma de constituir la unidad del grupo” (Laclau, 2005: 82).

La identidad popular que cumple la función totalizadora se divide internamente: “por un lado, es una demanda particular; por el otro, su propia particularidad comienza a significar algo muy diferente de sí misma: la cadena total de demandas equivalenciales” (Laclau, 2005: 106). Lo mismo sucede con las otras identidades de la cadena, que también experimentan una división entre su particularidad que las diferencia del resto y su equivalencia en tanto se encuentran inscriptas dentro de la cadena. En ese punto, Laclau (2005: 106) señala que se produce una tensión: “cuanto más débil es una demanda, más depende para su formulación de su inscripción popular; inversamente, cuanto más autónoma se vuelve discursiva e institucionalmente, más tenue será su dependencia de una articulación equivalencial”. Se entiende, entonces, que toda esta operación simbólica es algo muy diferente a una sencilla suma de diferencias que se unifican en torno a una equivalencia. Una identidad popular implica la producción de algo nuevo, es la constitución de una unidad que no existía previamente y que, al tratarse de una práctica articuladora, las identidades que relaciona son modificadas por el propio proceso de articulación.

Es importante subrayar que el populismo no representa una expresión ideológica determinada sino que, por el contrario, es independiente de la ideología. Laclau (2005) cuenta que en Francia ha habido tradicionalmente un voto de protesta captado por la izquierda, principalmente por el Partido Comunista, lo que significaba ser la voz de aquellos excluidos del sistema. Sin embargo, con la caída del comunismo y la conformación de un establishment de centro, la división entre izquierda y derecha se desdibujó. Pero, como la necesidad de un voto radical de protesta siguió latente, y como la izquierda había abandonado a aquellos significantes que representaban el campo de la división social, ese campo fue ocupado por los significantes que propuso la derecha. Por ello, el autor señala que cuando existe una fuerte demanda social, por ejemplo ante una situación de anomia radical, la necesidad de establecer un orden, el que sea, se vuelve más importante que la pregunta acerca de qué tipo de orden. Además, existe otro elemento en común en el populismo: la presencia de una dimensión antiinstitucional. En ese sentido, Laclau (2005) afirma que “como cualquier tipo de sistema institucional es inevitablemente, al menos de un modo parcial, limitante y frustrante, existe algo atractivo en cualquier figura que lo desafíe, cualesquiera que sean las razones y las formas de dicho desafío” (Laclau, 2005: 136). Por ello, el pueblo presenta dos caras: “una de ruptura con un orden existente; la otra introduciendo «ordenamiento» allí donde existía una dislocación básica” (Laclau, 2005: 135).

En conclusión, el pueblo es una construcción, no se encuentra predeterminado sino que está sobredeterminado por el efecto del discurso. En ese sentido, no hay un grupo que necesariamente sea o tenga que ser el pueblo sino que, a partir de una articulación discursiva, un conjunto pasa a ocupar el lugar de pueblo. Por lo tanto, es un lugar que se encuentra en movimiento. El pueblo es el lugar en donde se articulan discursivamente las diferentes demandas insatisfechas en oposición a una frontera antagónica, la cual cumple la función de delimitar la identidad popular a la vez que le impide alcanzar su plenitud comunitaria, una falta que se intenta nombrar mediante significantes vacíos.

Debido a la falta constitutiva de lo social -que hace imposible y necesaria la totalidad como ficción, como totalidad fallida- y a la disputa hegemónica de lo político por llenar ese vacío, el cambio resulta eventualmente inevitable. Por ello el pueblo no es un lugar fijo, aunque cada discurso intenta capturarlo. Tampoco es un refugio ni una trinchera, ya que no es un lugar de resistencia sino que, por el contrario, se

parece más a la intemperie. Es lo excluido organizado discursivamente y dispuesto a interrumpir la inercia de lo instituido para introducir un nuevo orden simbólico. No ofrece la comodidad de saber dónde está ni la certeza sobre quién lo representa. No está fijado a una ideología, pero de ninguna manera es preexistente a la intervención de lo político; no tiene una existencia por sí mismo, aguardando a ser descubierto, revelado, sino que es un lugar construido precisamente por lo político.

1.2.6. Representación y voluntad popular: la relación representante-representado

Como señala Laclau (2005: 178) “la construcción del pueblo sería imposible sin el funcionamiento de los mecanismos de la representación”. Sin embargo, la voluntad popular genera desconcierto en numerosas oportunidades y es común oír frases como “la gente vota mal”, “la sociedad se derechizó”, “la gente vota en contra de sus propios intereses” y un largo etcétera, a pesar de que la misma gente y la misma sociedad a la que se acusa, hayan votado “bien” la elección inmediata anterior, o posterior, o en forma sostenida durante años. En un plano de discusión con las tradiciones de pensamiento político, Laclau (2005: 180) señala que “la principal dificultad con las teorías clásicas de la representación política es que la mayoría de ellas concibió la voluntad del pueblo como algo constituido *antes* de la representación”. Es decir que la voluntad no está preconstituida sino que se constituye como tal mediante el proceso de representación que la atraviesa. Esta afirmación no debe confundirse con la idea de que la voluntad popular es creada, manipulada o, como sostiene Schumpeter (1984), “fabricada” por los políticos que se sirven de la propaganda y del engaño.

Laclau (2005) sostiene que la representación es un proceso que implica un doble movimiento que va desde el representado hacia el representante y viceversa. Por un lado, la representación presenta una dimensión descendente (desde el representante hacia el representado) a partir de la producción de significantes vacíos que contribuyen activamente a constituir una totalidad que no tenía una existencia previa. Por el otro, el representante no puede ejercer la representación según su voluntad, en forma autónoma, caprichosa, sino que el significante vacío debe efectivamente representar a todo el eslabón de la cadena de equivalencia para poder ser un punto de identificación. Es decir que el representante debe ser, en

algún punto, el portavoz de ciertas demandas que existen en el nivel de lo social. Esta es la dimensión ascendente, desde el representado hacia el representante.

En ese sentido, la función que cumple el representante no es solamente transmitir o ser el portavoz de quienes representa, sino “dar credibilidad a esa voluntad en un *milieu* diferente de aquel en el que esta última fuera originalmente constituida” (Laclau, 2005: 174). En consecuencia, el representante agrega algo a esa voluntad que representa y contribuye, mediante la producción de significantes vacíos, a producir la identidad popular, que es algo más que la suma de las identidades individuales. Ese agregado “se refleja en la identidad de los representados, que se modifica como resultado del proceso mismo de representación” y es por ello que “el representado depende del representante para la constitución de su propia identidad” (Laclau, 2005: 175). En resumen, el representante no sólo cumple la función de transmitir la voluntad de los representados sino que también cumple un rol clave en la constitución de la identidad popular.

Asimismo, Laclau (2015: 161) reconoce que la representación “se funda en una ficción: la de la presencia a un cierto nivel de algo que, estrictamente, está ausente del mismo”. Es decir, cuando se representa se busca hacer presente algo o alguien que no está, que está ausente. Por ello, para que la representación tenga lugar tiene que haber una ausencia, la cual se intenta representar; a la vez, la representación tiene que guardar cierta fidelidad con esa ausencia, tiene que hacerla efectivamente presente de alguna manera. En ese punto, el autor señala que existen dos riesgos, que pueden vincularse con ambas dimensiones de la representación. Por un lado, si hubiera una relación representante-representado en la cual existiera una transparencia total en los actos del representante, de manera que éste estuviera sometido a un control absoluto por parte del representado, en ese caso se disolvería el carácter ficticio de la representación: no habría ninguna representación posible ya que no habría una ausencia y, además, el representante no haría ningún agregado; en consecuencia, no existiría la dimensión descendente. Por el otro, si hubiera una opacidad total en la relación representante-representado, de forma tal que el representado no ejerciera ningún control sobre el representante y éste actuara únicamente de acuerdo a su voluntad, entonces la ficción sería literalmente ficticia: no se cumpliría la dimensión ascendente.

Capítulo 2: Acerca del surgimiento del discurso de Milei

Para comenzar con el análisis político acerca del discurso de Javier Milei, primero es importante realizar una breve descripción acerca del contexto en el cual surgió ese discurso. Como ya fue mencionado, según Laclau toda formación social se constituye como un orden simbólico, es decir que se encuentra sobredeterminada por la práctica articuladora que introduce el discurso. Sin embargo, la producción de un discurso nunca ocurre en el vacío, sin una relación con el contexto, sino que guarda una estrecha relación con el mismo. Este tipo de producción no es una creación *ex nihilo*, un discurso no surge desde la nada ni tampoco puede imponerse de forma caprichosa, sino que la clase política debe emprender un trabajo de significación y resignificación de determinados elementos que se encuentran sedimentados en la sociedad. El discurso necesariamente tiene que conectar con las emociones y con las costumbres de esa sociedad, con la experiencia vital de las personas, con sus anhelos, con aquello que está ausente. Por este motivo, resulta erróneo considerar que la clase política engaña a la sociedad. En ese sentido, Semán (2023: 39) advierte que “el lenguaje de los partidarios de La Libertad Avanza no está restringido a esa fuerza política, sino diseminado en la sociedad: es hablado por amplias capas de la población y habla a través de ellas”.

Por ello no es menor mencionar este aspecto, dado que la descripción que se llevará adelante señala ciertos procesos económicos, sociales y políticos que conformaron el contexto en el cual emergió el discurso del líder libertario.

2.1. Estabilidad política y crisis económica: dos caras de la misma Argentina

La raíz del orden político argentino que parece haber sucumbido tras las últimas elecciones presidenciales, se encuentra luego de la crisis de diciembre de 2001, que no fue sólo una crisis económica y social sino también profundamente política. A partir del año 2003, el sistema político argentino logró reconfigurarse tras la asunción de Néstor Kirchner como presidente de la Nación. Como señala Vommaro (2023), en ese contexto de múltiples crisis surgieron, y con el paso del tiempo se consolidaron, las dos fuerzas que marcaron el pulso de la escena política desde los comienzos de este siglo: el kirchnerismo, un peronismo de centroizquierda liderado por las figuras de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner; y el PRO (Propuesta Republicana), un partido de centroderecha creado por Mauricio

Macri. Semán (2023) sitúa en el año 2008 el momento en que se cristalizaron esas dos identidades políticas, cuando ocurrieron las masivas protestas organizadas por “el campo” (es decir, diversos actores relacionados con la producción agropecuaria, pero que lograron amplificar su reclamo dado que consiguieron el apoyo de amplios sectores sociales) contra el gobierno comandado por la ex presidenta Cristina Fernández de Kirchner, en el icónico conflicto debido al intento del gobierno de modificar el régimen de impuestos a las exportaciones de granos. De esta manera, el autor sostiene que ese conflicto fue el inicio de “la grieta”, es decir, la radicalización de las posiciones políticas:

Vista en retrospectiva, la “crisis del campo” señala el momento en que la politización y la polarización dieron un salto cualitativo en términos de organización, en la disputa por las calles y en la formación de bloques que se oponen de modo extremo e incondicional (Semán, 2023: 23).

Dado que la “grieta” se canalizó por las vías institucionales, el sistema político comenzó a cobrar cada vez mayor estabilidad. El año 2015 representó un hito en este sentido, cuando Cambiemos (nombre elegido para bautizar a la alianza entre el PRO, la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica) ganó las elecciones presidenciales de la mano de Mauricio Macri, en su primera presentación electoral a nivel nacional, lo que significó el primer triunfo en democracia de una alianza de centroderecha que se oponía al peronismo y, más tarde, el primer gobierno no peronista desde 1983 en finalizar su mandato. De allí en adelante, durante el período 2015-2021, el sistema político se ordenó sobre la base de las coaliciones partidarias diseñadas por el kirchnerismo y por Cambiemos (a partir del 2019, denominada Juntos por el Cambio), en un marco de polarización creciente entre las dos identidades políticas y sus respectivos discursos, pero siempre funcionando bajo los términos de una democracia ininterrumpida. Todas las elecciones que sucedieron durante ese lapso mostraron una participación electoral superior al 70%, llegando a superar el 80% en algunas ocasiones, con la excepción de las elecciones Primarias, Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO) del año 2021, celebradas en el contexto de pandemia de coronavirus. Además, la fortaleza de ambas fuerzas políticas implicaba una baja fragmentación; tal es así que lograron captar a la gran mayoría de los votantes en las elecciones ocurridas entre 2015 y 2021, llegando a casi el 90% en el año 2019, las últimas antes del triunfo de LLA. Aparentemente, la representación gozaba de buena salud.

Sin embargo, como señala Abal Medina (2023) durante ese mismo período la Argentina se encontraba en una situación de anomalía: mientras las principales variables macroeconómicas, con su consecuente impacto negativo sobre la situación social, experimentaban un creciente deterioro y una alarmante inestabilidad, el sistema político, reflejado en la institucionalidad político-partidaria, se hacía cada vez más robusto y estable, incluso a pesar del contexto de intensa polarización social. Para graficar la situación socioeconómica, y mostrar la divergencia respecto a la estabilidad política, señalemos algunos indicadores relevantes mencionados por el autor. En primer lugar, los económicos: Producto Bruto Interno (PBI) per cápita estancado, incluso en 2023 por debajo del correspondiente al 2015; inflación cada vez más elevada, desde el 17% anual de 2015 hasta el 211% de 2023; fuerte devaluación de la moneda, desde los 9 pesos por dólar de 2015 hasta los 380 pesos por dólar previo a la asunción de Javier Milei; insostenible deuda del sector público, que en 2023 representaba casi el 90% del PBI; y un persistente déficit fiscal. A su vez, los indicadores sociales muestran la consecuencia de estos desarreglos en materia económica: estancamiento sostenido de la generación de empleo privado formal; salarios deprimidos; pobreza de más del 40% de las personas, 30% de los hogares y más del 50% en menores de 15 años; indigencia del 9% de las personas y 6% de los hogares. La prolongada agonía socioeconómica derivó incluso en una inédita situación de empobrecimiento generalizado: trabajadores, formales e informales, que se encontraban por debajo de la línea de pobreza.

Abal Medina (2023) habla de la existencia de una anomalía, o de una situación paradójica, en relación con el proceso inverso experimentado por la mayoría de los demás países latinoamericanos. Desde mediados del siglo XX en adelante, los procesos políticos y económicos de estos países tendían hacia una convergencia, pero durante los últimos años Argentina se apartó de lo que ocurre en la mayoría de ellos. Brasil, México, Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia y Perú son claros ejemplos de lo contrario a lo que sucede en nuestro país: estabilidad macroeconómica combinada con inestabilidad de las instituciones políticas. Vale aclarar que la inestabilidad política de los países que se mencionan incluye no sólo la aparición y el triunfo de nuevos partidos, sino también situaciones más radicalizadas que alteraron severamente el orden político vigente o que, incluso,

interrumpieron el funcionamiento de instituciones democráticas¹. Por su parte, Vommaro se expresa en una línea similar respecto a la situación política de Argentina cuando sostiene que “la estructura bicoalicial de la competencia se asentó sobre pies de barro” (2023: 5). En el mismo sentido, Touzón y Zapata (2023a) sentenciaron, luego del triunfo de Milei en las PASO, que había llegado a su fin el orden político bicoalicial que organizó al país desde 2009.

2.2. La pandemia de Covid-19: la sociedad contra el Estado

La pandemia causada por el coronavirus, conocido como Covid-19, que comenzó a fines del año 2019 generó una situación inédita a nivel mundial, debido a la gran cantidad de países y de población afectados. La extrema facilidad de contagio del virus generó su rápida propagación y puso en jaque a los sistemas sanitarios de múltiples países, ante la enorme cantidad de personas que repentinamente necesitaban asistencia médica. Para hacer frente a esta compleja situación, gobiernos de todo el mundo impusieron cuarentenas hacia su población, con el propósito de contener la propagación del virus y poder garantizar la atención sanitaria a todos aquellos que lo necesitaran. En Argentina, el 3 de marzo de 2020 se detectó el primer caso y el 20 del mismo mes el gobierno nacional dictó el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO), conocido como la cuarentena. Si bien las medidas de fuerte restricción a la movilidad de las personas implementadas por el gobierno de Alberto Fernández mostraron buenos resultados en cuanto a la cantidad de fallecimientos por habitante por Covid-19 (Kulfas, 2023), la contracara de ello fue el perjuicio que implicó fundamentalmente en términos sociales y políticos.

La pandemia de Covid-19 implicó un cambio absolutamente drástico y repentino en la vida de todas las personas. Como señalan Villarreal e Ipar (2023: 86) “produjo una multiplicidad de disrupciones en los sistemas sociales y creó un contexto cultural de mucha incertidumbre y sufrimiento”. A su vez, las fuertes medidas de restricción a la circulación implementadas durante la pandemia

¹ Por caso, el golpe de Estado perpetrado contra Evo Morales en Bolivia; la destitución de Dilma Rousseff, la detención de Luiz Inácio Lula da Silva y el intento de partidarios de Jair Bolsonaro de tomar el Congreso, en Brasil; la convocatoria a una Convención Constitucional luego de las masivas movilizaciones contra Sebastián Piñera, en Chile; la disolución del Congreso tras la salida anticipada del gobierno de Guillermo Lasso, en Ecuador; y la seguidilla de cuatro presidentes presos por corrupción, con la particularidad de haber tenido siete mandatarios en una década, en Perú (Abal Medina, 2023).

generaron un profundo malestar social, incluso en quienes aceptaban esas medidas restrictivas. Fue una situación terriblemente excepcional, que “puso al Estado en un lugar imposible, en el que todo lo que hiciera iba a estar mal” (Semán, 2023: 187). El manejo de esta compleja situación tuvo, inevitablemente, consecuencias que se describen a continuación.

La situación derivada de la gestión de la pandemia generó en las personas sentimientos de enojo generalizado y de frustración respecto a las respuestas que recibían por parte del gobierno y de los partidos de la oposición que colaboraban con éste (Spólita, Balsa y Brusco, 2022). Como fue descrito anteriormente, la sociedad ya se encontraba atravesando serias dificultades y, en ese contexto,

La pandemia amplificó la escena del desencuentro entre el Estado -observado y discutido en su capacidad de cuidado y de daño- y la sociedad -expuesta a una situación límite-. Las transformaciones económicas, con su carga de padecimientos e inseguridades en la población, se vieron potenciadas por nuevas mediaciones de la conciencia y la subjetividad política. Esto dio lugar a un movimiento de desafección, hostilidad e incomodidad respecto del Estado y de los partidos políticos. (Semán, 2023: 20).

El sentimiento de enojo fue aún más extendido e intenso en los jóvenes, quienes afrontaban una economía en recesión que ya llevaba varios años, sumado a altos niveles de desempleo (más aún en su franja etaria y profundizado durante la pandemia), situación que les impedía proyectar un futuro e independizarse económicamente; todo ello en un contexto de fuertes restricciones sociales impuestas por un Estado al que comenzaron a apuntar como el responsable de su insatisfacción (Villarreal e Ipar, 2023).

Además, la imposición del encierro de las personas en sus hogares, es decir la cuarentena, como método que resultó efectivo para garantizar la atención sanitaria, implicó que muchas personas no pudieran trabajar. En un contexto de elevado empleo informal, no trabajar implicaba la pérdida total de los ingresos de un amplio sector de la población, a diferencia de otros países denominados “desarrollados” que no tuvieron ese inconveniente a la hora de implementar la cuarentena. La consigna oficial del gobierno “quedate en casa” resultó adecuada y bien recibida por el sector de la sociedad que, de todas maneras, continuaba percibiendo su salario. Incluso ese sector hizo propia la consigna y se dispuso a señalar a aquellos que no respetaban las medidas de cuarentena. Sin embargo, otro sector de la sociedad necesitaba salir de su hogar para trabajar porque no tenía otra

posibilidad de conseguir dinero. De esta manera, el abordaje de la pandemia cristalizó una diferencia que estaba lejos de ser nueva pero que aquí fue expuesta en forma descarnada:

Los trabajadores informales de todos los niveles sociales, que veían cómo sus ingresos prácticamente desaparecían al no poder salir de sus casas, experimentaban un creciente malestar cuando «los políticos» y todos quienes cobraban íntegros sus sueldos del Estado les daban lecciones de buena conducta, muchas veces desde un discurso progresista que delataba cierta pretensión de superioridad moral (Abal Medina, 2023).

De esta forma, diferentes autores coinciden en que la gestión de la pandemia representó un punto de inflexión que tuvo profundos efectos sociales y políticos, y en que fue uno de los principales factores que contribuyeron a crear las condiciones de posibilidad para el surgimiento de un nuevo discurso que representara los sentimientos de enojo y frustración presentes en la sociedad, y que impugnara el funcionamiento del Estado y del sistema político (Abal Medina, 2023; Brusco, 2023; Ratto, 2023; Semán, 2023; Spólita, Balsa y Brusco, 2022; Villarreal e Ipar, 2023; Vommaro, 2023). De hecho, el abordaje de la pandemia influyó fuertemente en todas las opciones de voto en las elecciones del año 2021, y fue determinante a la hora de la evaluación de la ciudadanía respecto al desempeño del gobierno y a la conducta de la oposición durante la pandemia (Ratto, 2023).

En este marco, y no en cualquier otro, surge la figura de Javier Milei, quien ingresa como diputado nacional por CABA, tras conseguir el 17% de los votos. Como señala Vommaro (2023: 7) “la pandemia y una crisis económica prolongada aportaron un contexto propicio para que este discurso se propagara como un encuadre interpretativo atractivo respecto de las causas de la debacle de la economía argentina”. Esto fue así debido a dos motivos. Por un lado, porque a partir de la pandemia muchos de los actuales referentes del espacio libertario decidieron participar en la política, dado que percibieron un vacío de representación en torno al sector de la sociedad que rechazaba las medidas de cuarentena dispuestas por el gobierno nacional, debido a que, durante el primer momento de la gestión de la pandemia, representantes de Juntos por el Cambio cooperaron y acordaron con esas medidas (Abal Medina, 2023; Morresi y Vicente, 2023; Vommaro, 2023). Por el otro, porque los sentimientos de enojo y frustración derivados de la gestión de la pandemia fueron direccionados hacia el Estado, ya que asumió un rol

excepcionalmente grande en la regulación de la vida cotidiana de las personas, y se lo responsabilizó por las consecuencias económicas y sociales tanto a él como a los distintos sectores políticos que apoyaban las medidas de restricción, generando un clima de creciente anti-política (Abal Medina, 2023; Brusco, 2023; Villarreal e Ipar, 2023; Vommaro, 2023).

En relación con esto último, y pese a la extrema dificultad que tuvo que enfrentar el gobierno de turno señalada al comienzo de este apartado, la gestión de la pandemia tuvo también sus escenas que contribuyeron a la anti-política. En ese sentido, “la sociedad percibió la inconsistencia en la política de cuidados, que se convirtió en materia de controversia con cierres y aperturas contradictorios y superpuestos”, situación que abonó a debilitar el lazo entre los ciudadanos y las instituciones (Semán, 2023: 20). La escena paradigmática que mostró la foto del entonces presidente, Alberto Fernández, festejando el cumpleaños de su esposa en Olivos, operó como una confirmación respecto a la sospecha de que los políticos viven una vida de privilegios. En ese sentido, no sólo dañó la imagen del ex presidente sino que, principalmente, contribuyó a horadar la confianza de las personas en el Estado (Semán, 2023).

2.3. Las condiciones de posibilidad del surgimiento del discurso de Milei

Siguiendo a Semán, una serie de condiciones sociales e históricas forjaron el proceso político en el cual emergió Javier Milei. En primer lugar, hace referencia a las condiciones socioeconómicas y su impacto en la estructura social. En segundo lugar, el rol de las modalidades de interacción digital respecto a la comunicación política y su impacto en la relación representante-representado, en un contexto en donde “ya no hay oposiciones entre lo virtual y lo real” (2023: 17). En tercer lugar, señala que ha ocurrido una mutación en el vínculo entre el Estado y la sociedad, de modo que “el Estado no solo dejó de ser el agente indiscutible del desarrollo económico y social: sus acciones son objeto de una controversia constante y padece la erosión de (...) su poder simbólico” (2023: 17-18). En cuarto lugar, si bien hay una crítica social hacia todos los partidos políticos, advierte que existe no sólo un cuestionamiento más intenso hacia el peronismo sino también más extenso, ya que lo observa en sectores en donde el peronismo parecía ser el representante exclusivo, como las clases medias bajas, distintos sectores de trabajadores y la

juventud. En quinto lugar, destaca la presencia de un individualismo (que no se contrapone sino que se yuxtapone con la pertenencia a distintas organizaciones y con la generación de lazos sociales), que configura subjetividades asociadas a la realización y superación personal, a la autonomía, que son el efecto de “las transformaciones sociales que pusieron al mercado en el centro, y de las transformaciones culturales que potenciaron el valor de la subjetividad y su singularidad” (Semán, 2023: 19). Por último, la pandemia constituye una sexta condición.

Todas esas condiciones sirvieron como abono para la emergencia del discurso de Javier Milei. Entre medio de la estabilidad política y la crisis económica, o más precisamente a causa de esa anomalía señalada por Abal Medina, fue brotando una fractura social que quedó expuesta en la pandemia. La “grieta” política, a pesar de su buen pasar institucional, condujo hacia una parálisis en la gestión del gobierno y de la economía, que acabó camuflando un agrietamiento mucho más profundo que se fue gestando a nivel social. Paradójicamente, en su temor de las consecuencias sociales, cargando con el fantasma del estallido de diciembre de 2001, la clase política puso todo su esmero en no pagar el costo político de emprender una agenda de reformas que permitiera solucionar el espiral de estancamiento e inflación, en una suerte de acuerdo tácito heredado de aquel estallido que dio origen a las fuerzas políticas que desde entonces se sucedieron al mando del Estado. Como señala Martín Rodríguez (2022), la clase política se ocupó de administrar la crisis en lugar de resolverla, en el marco de ese acuerdo tácito que funcionó como una especie de disyuntor para, supuestamente, evitar un nuevo estallido social, pero que fundamentalmente operó en favor de horadar la praxis política al punto de conducirla a su esterilidad y de generar una fragmentación social inocultable.

Una buena parte de la sociedad, cada vez mayor, fue quedando por fuera de un discurso político que no les hablaba a ellos (ni hablaba como ellos), debido a que no le asignaba la debida importancia a los problemas que esa parte de la sociedad identificaba como propios. En esa misma línea, esa amplia porción social tampoco se reconocía en un discurso acerca de, por ejemplo, “la importancia de no perder los derechos laborales” cuando, de hecho, ya no tenían ninguno. Tampoco en la idea de un “Estado presente”, a quien percibían más como un obstáculo para su realización personal que como una garantía de bienestar, amén de una situación en la que ese

Estado mantenía una gran cantidad de deudas sociales en materia de prestación de servicios públicos esenciales, pero también en algo tan básico y fundamental como el hecho de tener una moneda que cumpla sus funciones (medio de cambio, unidad de cuenta y reserva de valor). Para peor, las dos principales coaliciones políticas, lejos de hacerle frente a los desafíos que imponía la situación, se encontraban en un proceso de disputa interna: “el peronismo, por su incapacidad para coordinar entre las diferentes facciones reunificadas en 2019; la coalición de centroderecha, por sus dificultades para tramitar la interna entre los candidatos a la sucesión de Macri” (Vommaro, 2023: 6).

En ese marco, el discurso ofrecido por la clase política dominante se fue erosionando de tal manera que finalmente dejó de cumplir su función principal: otorgar sentido a la experiencia social, ser la base para la constitución de la objetividad. El discurso que es capaz de interpelar a amplios sectores sociales no dice cualquier cosa en cualquier momento. De hecho, cuando existe una discordancia evidente que desvanece el vínculo entre el discurso y las situaciones que experimentan las personas (como en los ejemplos apuntados anteriormente), es probable que ese discurso sea incapaz de generar una producción social de sentido, que aumente el rechazo hacia éste y que la propia apertura de lo social habilite la emergencia de una nueva producción de significación. De esta manera, el vacío que se generó habilitó una disponibilidad social a escuchar nuevos discursos que significaran la realidad y, por añadidura, a que pudiera surgir una nueva representación política.

Como fue señalado previamente, la pandemia fue un factor importante que posibilitó este cambio. Precisamente en este contexto surge Javier Milei con un nuevo y desafiante discurso, asociado a determinados significantes, que consiguió dotar de sentido la experiencia social de las personas y articular diferentes demandas sociales. El líder libertario tuvo sus primeras apariciones públicas a partir de su asidua participación en diferentes programas de televisión desde el año 2016 y fue cobrando cada vez mayor relevancia y difusión. En esas escenas, mostraba sus conocimientos como economista y llevaba a cabo extensos diagnósticos con un lenguaje técnico y agresivo, incluso lanzando insultos. Luego, cuando se aventuró a la actividad política, mantuvo su característica vehemencia y opinaba casi exclusivamente acerca de la situación de crisis económica, haciendo particular hincapié en la inflación. A su vez, y desde su posición de *outsider* del sistema

político, señalaba a la casta política como la máxima responsable de la “decadencia” económica. Respecto a esto último, como sostiene Vommaro (2023: 8), “la crítica a las élites políticas le permitió ganar mayor audiencia cuando creció el descontento social fruto de la pandemia y de la prolongada crisis social y política que experimentó Argentina desde 2018”.

En todo este marco de situación, Abal Medina (2023), en un gesto de honestidad intelectual, invierte el interrogante acerca de “¿por qué ganó Milei?” y se pregunta: “¿por qué la enorme mayoría de los ciudadanos argentinos continuaban votando a los mismos partidos y candidatos que presentaban tan mal desempeño en el gobierno?”

Capítulo 3: La construcción del discurso de Javier Milei

3.1. La conformación de un nuevo espacio político popular: ¿una nueva derecha?

La Libertad Avanza, en términos institucionales, surgió en CABA como una coalición política que se presentó a las elecciones legislativas del año 2021. Precisamente en esas elecciones, Javier Milei ingresó como diputado nacional por la ciudad mencionada, junto con Victoria Villarruel, una abogada de un perfil político diferente al libertario: conservador y nacionalista. Dada la novedad que representa este espacio político, es preciso realizar algunas observaciones acerca del mismo.

En relación con el surgimiento de LLA, si el kirchnerismo y el PRO son hijos de la crisis del 2001, el libertarianismo fue concebido durante la pandemia. Vázquez (2023: 91) muestra incluso que muchos de los propios militantes de LLA “coinciden en interpretar la pandemia como punto de quiebre”. Javier Milei comenzó a destacarse en ese contexto, en el que, además, las dos coaliciones políticas que se repartían la representación se encontraban debilitadas: por un lado, los líderes de Juntos por el Cambio eran percibidos como “miembros de la élite política a la que cabía responsabilizar por la situación que se atravesaba” (Morresi y Vicente, 2023: 60). Por el otro, el Frente de Todos padecía el desgaste por la gestión de la pandemia a la vez que comenzaba a exponer públicamente sus fisuras políticas internas. De esta manera, el contexto de pandemia fue el momento crucial a partir del cual distintos actuales dirigentes y militantes de LLA tomaron la decisión de participar activamente en el terreno político, así como sucedió con expertos y voluntarios que en su momento se incorporaron al PRO (Morresi y Vicente, 2023).

En el libro coordinado por Semán (2023), los diferentes autores abordan la formación de LLA en cuatro planos complementarios: el de las ideas de los dirigentes, a cargo de Sergio Morresi y Martín Vicente; el de la organización partidaria juvenil, de la mano de Melina Vázquez; el de la formación de una cultura masiva, pergeñado por Ezequiel Saferstein; y, por último, el del lazo tramado con jóvenes de sectores populares, escrito por Pablo Semán y Nicolás Welschinger. A partir de esas claves, Semán (2023: 9) elabora una síntesis y afirma que LLA es un “liderazgo y una organización política de derecha radical” que es producto de distintas variables que operan en forma simultánea.

En primer lugar, este espacio político desplegó una estrategia de “fusionismo” que permite contener y agrupar a las distintas tendencias de derecha, a la vez que renueva la identidad de éstas. Morresi y Vicente (2023) recuperan ese término para señalar que LLA presenta similitudes respecto al movimiento intelectual “fusionista” comandado por conservadores estadounidenses durante la década del sesenta. “Aquel fusionismo implicaba (...) establecer un mínimo denominador común en el que pudieran convivir liberales clásicos, conservadores, reaccionarios, tradicionalistas, innovadores, religiosos, ateos, libertarios, nacionalistas y cosmopolitas, creando al mismo tiempo una barrera móvil frente a sus adversarios” (2023: 65-66). En ese sentido, pareciera que sucede algo similar con la identidad libertaria ya que posibilita reunir perspectivas, propuestas y tonos disímiles (combinando políticas de libre mercado y expresiones nacionalista, posturas conservadoras y un lenguaje soez, individualismo y defensa de un orden social jerárquico) en torno a una idea de liberalismo que Javier Milei toma prestada del economista Alberto Benegas Lynch (h) y que repite como un rezo: “El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo bajo el principio de no agresión y defendiendo el derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad” (2023: 66-67). En ese marco, la definición de Milei de oponerse públicamente a la interrupción legal del embarazo (una postura que se opone a los principios de la ideología libertaria que profesa) es un movimiento que habilita un acercamiento entre la derecha liberal conservadora y el sector nacionalista reaccionario, lo cual responde a la estrategia de fusionismo (Morresi y Vicente, 2023). Bajo la misma lógica es que debe interpretarse la alianza política con Victoria Villarruel.

En segundo lugar, otra variable que pone en juego este espacio político es la capacidad para conformar una derecha popular, a diferencia del PRO y sus identificaciones elitistas que representaban a los sectores socioeconómicos más elevados y con mayor nivel educativo (Semán, 2023; Morresi y Vicente, 2023). La adhesión de gran cantidad de jóvenes con menor nivel educativo y trabajos informales o por cuenta propia; los actos callejeros con bombos y canciones que no cumplen sólo una función musical, sino que también son vectores para transmitir mensajes y construir sentido; la motosierra, la figura del león y los dólares con el rostro de Milei como símbolos populares metafóricos que representan el achicamiento de un Estado que es percibido como un obstáculo, el enfrentamiento contra los políticos tradicionales y el fin de la inflación, respectivamente; la

circulación de ideas a través de libros, películas, canales de YouTube o TikTok; los encuentros en parques y también en salas de Twitter; la creación y la utilización de memes como forma de humor político en las redes sociales; el lenguaje grosero y agresivo como burla respecto a la corrección política; todo estos elementos conforman una contracultura política masiva y popular (Vázquez, 2023).

En tercer lugar, hay una decisión de dar una batalla cultural, es decir, de disputar el sentido común mediante la construcción de una contracultura masiva. Como sostiene Saferstein (2023: 128), “este fenómeno no podría ser reducido a una cuestión electoral y coyuntural -la punta del iceberg- dado que está enraizado en prácticas y vivencias cotidianas que tienen como una de sus expresiones a los consumos culturales de amplios sectores”. Incluso, el autor señala que es un fenómeno anterior al armado de LLA y al surgimiento de Milei como referente político. Emergió desde lo social y desde la industria cultural hacia el ámbito de la política: producciones, discursos y difusión de ideas que comenzaron a circular a escala masiva y luego hicieron sinergia con la disputa por el sentido común (Saferstein, 2023).

Por último, LLA también resulta del “lazo que se establece entre ese proyecto y amplios sectores sociales que reaccionan ante al problema irresuelto del modelo económico y el encapsulamiento de las dirigencias” (Semán, 2023: 10). En ese sentido, Semán y Welschinger (2023: 165) identifican la “emergencia de una generación cuya experiencia común es haber atravesado el estancamiento económico y los malestares de la pandemia y estar, de diversas maneras, seducida por el discurso libertario”. Partiendo de la idea de que las personas adhieren a una ideología desde sus propias experiencias vitales, los autores sostienen que el hecho de que alguien pueda sentirse convocado por un discurso que lo define como un emprendedor o un héroe del mercado, se debe en parte a que “ha sido constituido como tal, porque puede narrarse a sí mismo de esa forma. (...) sus experiencias, arraigadas en ciertas condiciones sociales, han constituido una sensibilidad con la que un conjunto de discursos políticos conecta mejor” (2023: 183). De este modo, el discurso del líder libertario vino a llenar un vacío en relación con aquello que muchas personas sentían o pensaban, pero que no hallaba una voz pública que lo dotara de significado. Por ello, Milei permitió “construir esa experiencia, darle sentido inmediato a su práctica, hacer público algo que era mudo y privado hasta no ser

convocado” (2023: 183). Sobre esta cuestión se ahondará en los apartados que siguen a continuación, a partir del análisis del discurso de Milei.

3.2. Los rasgos populistas del discurso de Javier Milei

El 56% de los votantes en la segunda vuelta electoral dejaron un claro mensaje de agotamiento respecto de la clase política dominante hasta entonces. La explícita propuesta de ajuste, la eliminación de los subsidios nacionales a todos los servicios públicos, la relativización de los 30.000 desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar, la promesa de dolarizar la economía, el permanente cuestionamiento hacia un amplio abanico de derechos, la libre portación de armas, la denigración del concepto de justicia social: Milei construyó un discurso que apuntaba al corazón de lo instituido por el acervo discursivo de la clase política dominante durante las últimas dos décadas, el cual si bien excede al kirchnerismo también lo tiene como principal protagonista. En ese sentido, y en base a los grupos focales que llevaron adelante, Semán y Welschinger (2023: 163-164) señalan que “más que territorial o electoralmente, el peronismo estaba bloqueado en el universo simbólico”. Esta situación quedaba en evidencia en los entrevistados a través de la desconfianza que ellos expresaban hacia las descripciones y prescripciones propias del discurso del peronismo (incluso adhiriendo ideológicamente a esas ideas), a la vez que “ganaban naturalidad y fluidez cuando hablaban de sus deseos, proyectos, desafíos y obstáculos con categorías codificadas por la experiencia individual del mercado” (2023: 164). Es decir que la cosmovisión construida por el kirchnerismo se encontraba inmersa en una profunda crisis. Sus articulaciones discursivas se hallaban saturadas y habían perdido credibilidad dado que ya no estaban asociadas a un registro de la experiencia. En ese marco, surgió el discurso de Milei como una nueva significación social.

A continuación se desarrollan, en base a la perspectiva teórica de Laclau, dos dimensiones de análisis acerca del discurso de Milei. Por un lado, se analiza cómo su discurso le otorgó un significado a la acumulación de diferentes demandas insatisfechas, las unificó (es decir, estableció una equivalencia) en oposición a un sistema institucional que no ofrecía respuestas, y propuso soluciones concretas para ellas. Por el otro, se identifican los dos principales rasgos populistas del discurso de Milei y se describen de qué forma operaron. En primer lugar, la división de la


sociedad en dos campos antagónicos: por un lado, la casta política y, por el otro, los argentinos de bien. En segundo lugar, la construcción del término “libertad” como el significante vacío capaz de articular una pluralidad de demandas en una cadena de equivalencia construida en oposición al orden político-institucional vigente.


3.2.1. La equivalencia entre las demandas y la solución: ajuste a la casta y dolarización

Siguiendo a Laclau, la falta constitutiva de lo social impide que exista la sociedad como una totalidad cerrada, armónica y plena. Esta falta es representada a través de diferentes demandas en función de un contexto determinado. Anteriormente fueron descritas las intensas demandas que existían en nuestro país, vinculadas con una situación socioeconómica crítica. En particular, la inflación se llevaba el primer puesto, por lejos, en las encuestas a nivel nacional. Ya en 2021, en el segundo spot electoral de campaña, Milei incorporaba en su discurso algunas demandas mayoritarias de la población, casi todas ellas vinculadas a la situación socio-económica:

Estás pidiendo poder vivir en libertad. Estás pidiendo que tu trabajo sea para progresar, no sólo para sobrevivir. Estás pidiendo que tu alquiler no se vaya por las nubes. Estás pidiendo caminar por calles que sean seguras y que tus hijos no tengan que irse del país. No estás pidiendo mucho. Pero en nuestro país, donde los políticos tienen todos los privilegios parece demasiado. (Milei presidente, 2021)²

En la última oración aparece el punto en el cual todas las demandas se tornan equivalentes entre sí, más allá de sus reclamos particulares: los políticos, a quienes se los responsabiliza del malestar y se los erige como el grupo social que representa la pura amenaza, es decir, la negación de toda posibilidad de constituir una sociedad plenamente realizada. Asimismo, en otro de sus spots, en este caso durante la campaña presidencial, se afirmaba que “*el modelo de país empobrecedor*” había derivado en “*una Argentina imposible: imposible trabajar, imposible llegar a fin de mes, imposible progresar, imposible salir a la calle*” (Milei presidente, 2023)³. “El modelo empobrecedor” era el modelo de la casta política y, por ello, eran los responsables del padecimiento de los argentinos. De esta manera,

² En este spot electoral también participan Victoria Villarruel y Ramiro Marra.  2° Spot de campaña de Javier Milei- 10/10/21

³ Si bien en el recorte la oradora es Victoria Villarruel, el actor principal del spot y el creador de ese discurso es Javier Milei.  Primer Spot Oficial de Javier Milei para las Elecciones Generales- 16/0...

las demandas que en un principio estaban aisladas entre sí, encontraban un punto en común, una equivalencia: todas ellas existían debido a que los políticos utilizaban la gestión pública para enriquecerse y gozar de privilegios, a costa de la miseria del pueblo.

Esta operación discursiva muestra uno de los rasgos populistas del discurso de Milei, ya que “es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión” (Laclau, 2005: 79). Al afirmar que la casta política era la responsable del malestar social y de la insatisfacción de una serie de demandas (tales como la angustia durante la cuarentena, la frustración ante la inflación y la imposibilidad de generar un ahorro, el enojo frente a impuestos que aumentan al mismo tiempo que el Estado brinda menos y peores servicios), Milei ofrecía un discurso que permitía otorgarle un significado a todas esas experiencias y sentimientos compartidos socialmente. Así, estas demandas encontraban la posibilidad de inscribirse en un discurso que les asignaba un sentido y que las ponía en relación las unas con las otras dentro de una totalidad.

Dentro de las demandas que existían, la principal falta social era, sin lugar a dudas, el descalabro inflacionario que pulverizaba los ingresos de la población. Milei se encargaba, una y otra vez, de poner ese problema en el centro de su discurso. En los tres debates presidenciales, el líder libertario ponía especial énfasis en este asunto, a diferencia de sus contrincantes, y sostenía que sabía cómo “exterminarla”. En ese sentido, el hecho de haber construido su figura política desde su profesión como economista, ante una sociedad urgida por soluciones que ordenaran la economía, significó un capital simbólico que jugó a su favor. De hecho, tanto en el primer debate presidencial de cara a las elecciones generales como en el último debate previo al balotaje, Milei se presentó, en primer lugar, como economista.

A su vez, en uno de los debates presidenciales afirmaba: “*estamos al borde de una hiperinflación, con el agravante de que los indicadores sociales son peores que los que teníamos en el 2001*” (Milei presidente, 2023). Enmarcar la situación del país de esa forma no sólo resultaba verosímil, sino que además implicaba activar una memoria histórica y un imaginario social muy fuerte asociados a esas crisis.

La crisis del 2001 y la hiperinflación del alfonsinismo (sic) no sólo aparecen como parte de la memoria histórica de las crisis en la que arraiga y se explica el presente, sino que constituyen el punto de partida de un tiempo distorsionado e inestable, en el que el futuro se constituyó como siempre ya incierto. En las imágenes de la crisis y del malestar

que trajeron los entrevistados se repite la imposibilidad de crecimiento hacia el futuro, en consonancia con esa temporalidad catastrófica sin fin. La sintomatología de la crisis se compone de inseguridad, falta de trabajo e inflación, todos elementos que contribuyen a la incertidumbre que se padece. (Villarreal e Ipar, 2023: 88)

Milei repetía este diagnóstico en diferentes ocasiones. Al definir la situación del país, que sin lugar a dudas era crítica, de esta forma tan extrema, su discurso habilitaba una mayor permeabilidad social a aceptar soluciones radicales. Si la dolarización era una medida extrema, incomprensible, es necesario reparar en cómo se generó la adhesión a ella. Laclau advierte que cuando existe una demanda social lo suficientemente fuerte, no importa qué solución se propone sino que la misma sea efectiva. Por ejemplo, ante una situación de anomia radical, no importa qué tipo de orden se imponga sino que efectivamente se establezca un orden. En este caso, se observa algo similar: ante la inflación descontrolada que desorganizaba la vida de las personas e imposibilitaba la proyección a futuro, no importaba tanto cómo se resolviera la inflación, ni qué moneda se utilizara, siempre y cuando de una vez por todas se pusiera fin a ese problema. De esta manera, la dolarización implicaba una fórmula clara y contundente para resolver la inflación. Como advierte Vázquez (2023), al margen de la factibilidad técnica para llevar a cabo una dolarización o de las consecuencias que podría acarrear, lo interesante es indagar qué significado tenía, en ese contexto, para la población. En ese sentido, al menos para muchos de los militantes libertarios, acceder al dólar representaba “un freno al golpe de la inflación sobre sus salarios o ingresos, o en el mejor de los casos -como afirma Milei- soñar con la casa propia” (Vázquez, 2023: 115).

En nuestro país, el dólar funciona como un refugio de valor ante un período demasiado extenso de inflación y consecuente pérdida de valor de nuestra moneda. En ese sentido, para comprender la significación detrás de la propuesta de dolarización de la economía, es preciso no subestimar los efectos de la mala administración de nuestra moneda y de los ahorros de la población durante este siglo. Primero ocurrió el corralito, es decir, el impedimento de retirar libremente los depósitos en los bancos, que desencadenó el estallido del 2001. Diez años más tarde, se instaló el control de cambios (conocido popularmente como “cepo”) que perdura hasta nuestros días, el cual sí permite retirar libremente los depósitos pero con la trampa de limitar el ahorro. Como respuesta a ello, surge el proyecto libertario

de dolarizar la economía, que promete a los ahorristas la posibilidad de “escapar del Estado” (Morresi y Vicente, 2023: 75). El asunto de la propuesta libertaria no es tanto la dolarización en sí misma, como la promesa de una moneda estable que garantice estabilidad y la posibilidad de ahorrar, de progresar, de planificar a futuro. La gigantografía del billete de cien dólares con el rostro de Milei forma parte de la simbología libertaria que expresa ese deseo, y no casualmente la primera vez que ese objeto fue exhibido fue cuando Milei presentó su libro “El fin de la inflación”, en mayo de 2023 (Vázquez, 2023).

Por otra parte, Milei sostenía que la situación extremadamente delicada de la economía obligaba a realizar un ajuste brutal. La promesa de realizar un ajuste rara vez despierta la adhesión de una mayoría. Sin embargo, hubo dos cuestiones en el discurso de Milei que habilitaron una significación particular alrededor de ello. Por un lado, como fue señalado previamente, el hecho de haber enmarcado la situación crítica en una asociación con la crisis del 2001 y con la hiperinflación. Por el otro, fue clave asegurar que los costos de ese inevitable ajuste lo pagaría únicamente el grupo social que se señalaba como el responsable de la situación crítica en la que se encontraba el país: la casta política. *“El ajuste es inevitable. Acá la discusión es quién lo paga: si los argentinos de bien (como propone Massa) o los chorros de la política (como proponemos nosotros)”* (Milei, 2023)⁴. De esta forma, la motosierra exhibida por militantes y por él mismo en diferentes actos, era otro símbolo que, en este caso, representaba ponerle fin a un Estado que se aprovechaba del fruto de los esfuerzos de muchos argentinos para beneficiar a unos pocos privilegiados.

3.2.2. La división de la sociedad: los argentinos de bien vs la casta política

En su primer acto de campaña, en el marco de las elecciones legislativas del año 2021, Javier Milei eligió como lema “Ellos contra Nosotros” (Infobae, 2021). Este primer lema encerraba un gran poder de síntesis respecto de lo que sería su discurso populista, a saber: la sociedad se encuentra dividida en dos grupos irreconciliables, en donde la casta política (ellos) pone sus intereses siempre por delante y vive del trabajo de los argentinos de bien (nosotros), de tal forma que éstos deben defenderse de ese ataque (no casualmente eran “ellos contra nosotros” y no “nosotros contra ellos”). De esta manera, desde el inicio de su lanzamiento

⁴ <https://x.com/JMilei/status/1718363727437697445?t=0Ei8B2SB84PZBQ2TdpsMaw&s=08>


hacia la actividad política, Milei presentaba un discurso que apuntaba a trazar una línea divisoria de la sociedad en dos campos antagónicos, una estrategia que replicaría más adelante en la campaña presidencial.

En ese primer acto político, sostenía que *“hay que derrumbar el modelo defendido por la casta política, que lo único que ha generado es transformar al país más rico del mundo en uno de los países más pobres del mundo”*, a la vez que pedía que lo acompañen en una *“revolución moral, para ir a una sociedad que quiera vivir con el fruto de su trabajo”*, una revolución en la que *“primero estamos los que nos rompemos el orto laburando, no la casta política”* (Infobae, 2021). De esta forma, Milei explicitaba su construcción discursiva populista a partir de la cual dividía a la sociedad en dos partes en función de un criterio moral: por un lado, quienes se esfuerzan y viven del fruto de su trabajo; por el otro, la casta política, responsable de la decadencia nacional y del empobrecimiento de la población.

En el cierre de esa misma campaña, en un acto multitudinario llevado a cabo en Parque Lezama, afirmaba que *“la verdadera grieta es entre los colectivistas y los que abrazamos las ideas de la libertad”* (Milei presidente, 2021)⁵. Así, reforzaba la división de la sociedad agregando una connotación ideológica: por un lado, los “colectivistas”, ligados a la casta política y su “modelo empobrecedor”; por el otro, quienes “abrazan las ideas de la libertad”. La operación discursiva sigue la misma lógica de trazar una frontera antagónica, en donde los colectivistas y la casta política son excluidos radicalmente para poder conformar una identidad propia a partir del trazado de esos límites. Este punto marca una diferencia respecto del PRO, que ubicaba ese exterior constitutivo en el “populismo” (Morresi y Vicente, 2023).

Los spots electorales son referencias sobre el discurso político ya que, en esas presentaciones públicas, de alcance masivo y con un margen de tiempo muy limitado, los políticos deben realizar un recorte preciso que sintetice cuál es el mensaje que quieren transmitir. En el primer spot electoral de Milei y LLA, durante las elecciones legislativas del año 2021, quedaba plasmada la lógica populista de este discurso:

Hace décadas que la clase política se pone siempre por delante tuyo. Los gobiernos que pasaron nos fueron defraudando y nos dejaron cada vez peor. Mientras los políticos se hacían ricos, vos no podías progresar. Podemos tener un país distinto, un país que se resume en una sola consigna: primero estás vos. Antes que los políticos, sus socios y los

⁵  Multitudinario cierre de campaña de Javier Milei- 06/11/21

vivos de siempre. Donde los culpables sean los delincuentes y no las víctimas. Donde los jóvenes puedan proyectar su futuro pero acá, no en otro país. Se viene un país nuevo, donde primero estás vos. (Milei presidente, 2021)⁶

En esa explícita división del campo social y en el afán de construir su pueblo, es decir un “nosotros”, Milei utilizaba el término “clase política” como sinónimo de casta política, ya que aquello que nombraba eran los políticos que forman parte del sistema institucional y se benefician de él a expensas del trabajo de la gente. En este armado discursivo puede notarse que la casta política representaba la exclusión radical o el límite antagónico que definía, por oposición, a la incipiente identidad libertaria.

Luego, en la campaña presidencial, Javier Milei continuó, reforzó y precisó este rasgo populista desde su primer spot electoral:

Imaginemos una Argentina distinta. Un país donde los honestos, los que se rompen el lomo trabajando, salgan ganando. Mientras que los corruptos y los que viven del trabajo ajeno, salgan perdiendo. Una Argentina distinta, sin privilegios para los políticos. Donde se bajan los impuestos y terminamos con la inflación para siempre. Una Argentina distinta, donde podamos caminar por la calle sin miedo porque el que las hace, las paga. Una Argentina distinta, donde los jóvenes no se van del país porque acá, cerca de sus familias, pueden alcanzar sus sueños. Esa Argentina distinta es imposible con los mismos de siempre. Pongamos un punto y aparte. (Milei presidente, 2023)⁷

Se observa una precisión respecto al sujeto privilegiado en este discurso: “los honestos” y aquellos que “se rompen el lomo trabajando”. A su vez, se ponía énfasis en una serie de demandas: que no haya privilegios para los políticos, que bajen los impuestos, que baje la inflación, que haya más seguridad y mejor justicia, y que los jóvenes no se vayan del país en busca de oportunidades. Todas esas demandas diferenciales que se mencionan en el spot, y que efectivamente estaban presentes en lo social, conformaron una cadena de equivalencia en oposición a las otras dos fuerzas políticas señaladas como responsables, es decir, el peronismo y Juntos por

⁶ En este spot electoral también participan Victoria Villarruel, precandidata a diputada nacional por CABA, y Ramiro Marra, precandidato a diputado en CABA.

▶ Primer Spot de Campaña de Javier Milei: "Es hora de votar por la libertad"- 13/08/21

⁷ En este spot electoral también participan Victoria Villarruel, precandidata a vicepresidenta; Ramiro Marra, precandidato a jefe de gobierno de CABA; Diana Mondino, precandidata a diputada nacional por CABA; Carolina Píparo, precandidata a gobernadora de la provincia de Buenos Aires; Alberto Benegas Lynch (h), precandidato a diputado nacional por la provincia de Buenos Aires; y Marcela Pagano, precandidata a diputada nacional por la provincia de Buenos Aires.

▶ Primer Spot Oficial de Javier Milei- 07/07/23

el Cambio. La intervención discursiva introdujo una lógica de equivalencia, propia del populismo, en la cual esas diversas demandas dejaron de lado su reclamo particular, sin abandonarlo completamente, y se unificaron sobre la base de aquello que tenían en común: su rechazo hacia toda la clase política que había gobernado durante las últimas décadas. Como fue mencionado anteriormente, Laclau advierte acerca de la posibilidad de un quiebre entre el sistema institucional y su población si se da una situación en la cual distintas demandas permanecen insatisfechas en el tiempo, ya que de esa forma se establece una relación equivalencial de hecho entre esas demandas.

De esta forma, la casta política era el grupo social demonizado que representaba la pura amenaza y que iba al lugar de lo excluido de la identidad libertaria en ciernes. Aunque es posible identificar diferentes aristas en relación con la productividad discursiva del empleo del significante “casta política”, evidentemente, resultó exitoso en términos electorales. En primer lugar, este significante se encuentra estrechamente vinculado al concepto de representación, el cual se trata de una invención de la modernidad⁸. La representación implica una suerte de paradoja: es una solución teórica y práctica para la existencia misma de la democracia, pero, al mismo tiempo, es un problema que socava la legitimidad de ese régimen político. La idea de que existe una casta política es, en definitiva, una expresión de la representación fallida o, más precisamente, de lo fallido en la representación. Incluso, el término no es nuevo en contiendas políticas y fue acuñado hace una década por el partido político de izquierda de origen español “Podemos”, surgido a principios de 2014 a raíz del Movimiento de los Indignados (también llamado Movimiento 15M). En esas protestas, los manifestantes pedían por “democracia real”, afirmaban que los políticos “no los representaban” y denunciaban a la “casta política” (Clarín, 2021).

⁸ La creación de la democracia moderna fue posible gracias al mecanismo que introdujo la representación, ya que “ofreció una respuesta realista y operativa frente a la imposibilidad de mantener el ideal de democracia directa en sociedades con escalas demográficas y territoriales muy distantes de las antiguas ciudades-estados griegas” (Iazzetta, 2016: 343). Sin embargo, la representación genera necesariamente una distancia entre los gobernantes, que se autonomizan y toman decisiones contrarias o al menos distintas a la voluntad general, y los gobernados, que son soberanos únicamente al momento de elegir a sus representantes pero súbditos el resto del tiempo, debiendo acatar las decisiones de sus gobernantes. Como señaló Michels (2003) hace más de cien años, quien gobierna bajo esta arquitectura institucional no son las masas sino una minoría organizada y, a su vez, toda organización tiene una tendencia irrefrenable hacia la oligarquía, es decir, a ser conducida por unos pocos. Es decir que, al mismo tiempo que aportó soluciones, la representación también fabricó nuevos problemas que continúan irresueltos (Iazzetta, 2016).

La potencia del término “casta política” radica en la verosimilitud de la denuncia (más allá del grado de verdad o falsedad de los datos y argumentos esgrimidos por el presidente electo), ya que lo que señalaba es esa tensión irresuelta, esa distancia insalvable entre gobernantes y gobernados que se encuentra en la base sobre la cual se monta todo el sistema democrático representativo. Asimismo, la distancia entre representantes y representados, y la sospecha de traición que los gobernados tienen respecto de sus gobernantes, se acrecienta en períodos de crisis. Al respecto, Souroujon (2022) sostiene que el problema que encierra la representación política en la democracia es una fuente que alimenta el resentimiento del cual se sirve la derecha radical populista para impugnar el sistema político.

En segundo lugar, y ligado al punto anterior, Milei se hizo eco del hartazgo social hacia la dirigencia política y en el acto en Parque Lezama referido anteriormente afirmaba: *“esto se cambia metiéndose en el sistema, dando la pelea desde adentro. Hay que terminar con el statu quo, pero eso requiere tener las pelotas para mancharse con la casta política”* (Milei presidente, 2021). En ese sentido, Semán y Welschinger (2023) comentan que los interlocutores con quienes conversaron en el marco de su trabajo de campo, afirman que la razón no sólo de su rabia sino también de su decepción y su descrédito hacia la política, radica en los malos resultados que acumularon las dos grandes coaliciones políticas que comandaron los destinos del gobierno durante este siglo (Semán y Welschinger, 2023). Esta segunda cuestión acerca de la casta política complementa a la primera porque, aunque la representación política implique una tensión irresuelta, si la dirigencia política cumple con el contrato electoral y resuelve al menos algunas de las principales demandas, esa tensión puede aliviarse. De lo contrario, se corre el riesgo de tensar demasiado la cuerda, como parece haber sucedido en Argentina. En ese sentido, Touzón y Zapata (2023b) se preguntaban: “¿qué es una casta sino una élite que ya no provee nada?”.

La incapacidad o, peor aún, la negativa por parte de la dirigencia política para ofrecer una solución a los problemas que enfrentaba la mayoría de la población, fundamentalmente el descalabro inflacionario, un gravísimo problema al cual pareciera que esa misma dirigencia sintomáticamente le “bajaba el precio”, puede haber sido experimentado como una agresión por parte de un amplio sector social. El resentimiento contra la clase política que menciona Souroujon (2022) puede tener

también, en el caso argentino, uno de sus factores en la reacción hacia esa agresión, lo que llevó a elegir el discurso violento y agresivo que pregonaba Javier Milei precisamente contra la dirigencia política, nombrada como la casta política. A los ojos de la mayoría de la sociedad, podía resultar incluso sospechosa la combinación de estabilidad político-institucional y prolongada inestabilidad socio-económica que describe Abal Medina (2023), más aún con una dirigencia política que no ofrecía ninguna solución a los problemas más urgentes sino que, por el contrario, acumulaba fracasos en la gestión gubernamental y se hablaba a sí misma en función de sus propios conflictos políticos internos. Adicionalmente, el resentimiento contra la casta política como responsable de los males “se vigoriza con una sospecha de corrupción permanente que atraviesa a este grupo”, (Souroujon, 2022: 112). Respecto a esto último, en un sinfín de ocasiones Milei no escatimó adjetivos a la hora de describir a los integrantes de la casta política como “chorros”, “corruptos”, “los que viven del trabajo ajeno”, “ñoquis”, entre otros.

En tercer lugar, la operación anterior, que aglutinaba a toda la oposición en contra suyo, se complementaba con el hecho de ser un *outsider* del sistema político. Al narrarse a sí mismo como un defensor del pueblo frente a la casta política, Milei consiguió arrinconar a sus contrincantes, dado que cada reacción opositora a sus propuestas libertarias, no hacía más que darle la razón: la casta tenía miedo de perder sus privilegios. Bajo su discurso, todas las expresiones en su contra provenían de una parte minoritaria de la sociedad que defendía, en función de sus intereses particulares, un *statu quo* que había empobrecido a la población. En esa lógica, sólo podía defender el sistema vigente alguien que se estaba beneficiando de él. El sorteo del salario que percibía como diputado nacional reforzó su discurso y representó un gesto simbólico que le dio veracidad a su imagen de ser un político *distinto* al resto.

De la misma forma, su característica incorrección política, incluso agresiva y violenta, lo dotaba de una espontaneidad y, sobre todo, de una autenticidad que fue valorada frente al tradicional discurso político considerado como edulcorado, hipócrita y temeroso. Así, en el marco del segundo debate presidencial de cara a las elecciones general, Milei afirmaba: “*Esto no se arregla con palabras bonitas, ni con buenos modales, esto se arregla con medidas contundentes que sólo propone La Libertad Avanza*” (Milei presidente, 2023). Esta cuestión quedó más en evidencia en el último debate presidencial cuando sólo debatieron Milei y Sergio Massa, dado que

éste no sólo representaba al oficialismo y se encontraba al mando de nada menos que el Ministerio de Economía, sino que además mostraba una templanza, un aplomo y una oratoria que encajaba a la perfección con el tradicional arquetipo de político que Milei se jactaba de enfrentar y que una mayoría social percibía como hipócrita.

Del otro lado de la casta política, separados por una frontera infranqueable, se encontraba el pueblo de Milei, es decir, el grupo que se constituye discursivamente como el único grupo legítimo. Como señala Laclau (2005: 91-92), en el populismo se quiebra la simetría entre las diferencias y surge “una parte que se identifica con el todo”. De esta manera, en el discurso del líder libertario el pueblo se conformaba por “*los honestos*”, “*los que se rompen el lomo trabajando*”. Más precisamente, “los argentinos de bien”, como quedaba explicitado en un posteo en sus redes sociales durante la campaña presidencial: “*De un lado están los políticos. Del otro lado estamos los argentinos de bien. Nunca fue tan clara la elección que tenemos por delante los argentinos*” (Milei, 2023)⁹. Esta forma de referirse a su pueblo, además de figurar en múltiples posteos en redes sociales, fue incorporado en el segundo spot oficial de las elecciones generales presidenciales, cuando comenzaba su discurso dirigiéndose a “*todos los argentinos de bien*” (Milei presidente, 2023)¹⁰.

La narrativa de Milei sobre los “argentinos de bien” como aquellas personas honestas (que no roban) y que viven del fruto de su trabajo en el sector privado, representaba una construcción de pueblo que conectaba con un amplio sector social. La constitución de este grupo social se daba, en su discurso, a partir de una distinción moral respecto no sólo a lo nombrado como casta política, sino también a los empleados públicos. Sin embargo, esta moralidad tenía una existencia previa en lo social y se había expandido como consecuencia de las medidas de cuarentena durante la pandemia. En ese sentido, “los que salieron solos de la pandemia ven en las restricciones estatales un obstáculo o una ayuda inservible que no alcanza, y entienden que lo principal es automotivarse y mejorarse por el propio esfuerzo”, y es por ello que se reivindica “la superioridad moral de aquellos que sobreviven en el mercado sin depender de un salario público o de ingresos, subvenciones o

⁹

<https://www.facebook.com/JavierMileiEconomista/posts/pfbid05vp3eLjuKF7QRRTMJCcmY4e7SibnbeZFKWJji2TAaedyp6D9qG3MH3ySvq7zhCkal>

¹⁰  Spot Final de Javier Milei: el comienzo de una nueva Argentina- 18/10/23

transferencias de algún modo provistas por el Estado” (Semán y Welschinger, 2023: 191).

Es decir que el discurso de Milei logró articular políticamente a una significación social fuerte, arraigada en un amplio sector de la sociedad que se concibe bajo la categoría de emprendedor, pero no sólo en términos económicos sino fundamentalmente morales, y que está ligada a nociones de “empoderamiento, autonomía personal, optimización del yo y emprendedurismo” como las “vías para alcanzar la superación moral a través del esfuerzo personal” (Semán y Welschinger, 2023: 174). Este modo de significar la realidad social, que se encuentra presente en diversas personas más allá de su ideología partidaria, “se organiza contra el espanto del fracaso, el desempleo y la miseria” y “configura un modo de vida que convierte en un ser moralmente superior a quien puede practicarlo de forma victoriosa” (Semán y Welschinger, 2023: 173).

Bajo esta perspectiva, el Estado y su forma de organizar a la sociedad se viven como un “robo del rendimiento del esfuerzo personal, de la que el individuo debe protegerse” (Semán y Welschinger, 2023: 180). En ese mismo sentido, se considera que un derecho no está vinculado con una necesidad sino con un mérito: “un derecho se debe merecer, porque hay un esfuerzo previo que lo sustenta” (Semán y Welschinger, 2023: 181). Es por ello que, bajo esta construcción simbólica, la defensa de los contratos laborales tradicionales y las protecciones que implica son significadas como una especie de “renuncia moral” y, en consecuencia, desde esa posición se rechaza un empleo estatal entendido como mediocre y sin mérito alguno (Semán y Welschinger, 2023). Adicionalmente, aquí también puede rastrearse otra capa de resentimiento señalada por Souroujon (2022: 110-111) aquella que “despiertan los beneficiarios de las políticas de bienestar”, entre ellos los empleados públicos, dado que violentan las reglas meritocráticas que suponen “una idea de justicia anclada en la creencia en la meritocracia como principio de distribución de cargos y recompensas y de legitimación de desigualdades”. En síntesis, ““la gente de bien”, que las figuras políticas del libertarismo evocan en su prédica como aquellos ciudadanos que “se ganan el pan con el sudor de su frente”, se recorta sobre una alteridad a la que se confronta como “la mala gente”: aquellos que cobran un sueldo del Estado” (Semán y Welschinger: 191-192).

El discurso de Milei operó sobre estas construcciones simbólicas que ya existían a nivel social y, así, constituyó a “los argentinos de bien” como su pueblo. La

significación de la pandemia como un tiempo oprobioso, el resentimiento hacia la dirigencia política y la moralidad vinculada a una idea del mérito como criterio de justicia para la distribución de los lugares dentro de la sociedad, fueron todas cuestiones centrales en el discurso de Milei:

Este gobierno nos encerró de manera criminal, nos empobreció como nunca antes y encima nos robó en la cara. Pero no estamos frente a una excepción sino que el kirchnerismo es la cara más cruenta del modelo estatista y empobrecedor de la casta que nos viene hundiendo hace décadas en la decadencia. (...) Pero los argentinos de bien no perdemos la esperanza y sabemos que nuestro país puede volver a ser una potencia. (...) Tenemos la posibilidad de cambiar porque nos dimos cuenta de algo muy simple pero esencial: es imposible un país distinto con los mismos de siempre. (Milei, 2023)¹¹

3.2.3. Oíd, mortales, el grito sagrado: ¡libertad, libertad, libertad!

En el inicio del acto de cierre de campaña en 2021 llevado a cabo en Parque Lezama, luego del cántico de los presentes entonando “la casta tiene miedo” al ritmo de la canción *It’s a heartache*, Milei abrió su discurso refiriéndose a ese canto: “obviamente, la casta tiene miedo y eso sí que lo dejaron en claro”. Y enfatizaba: “a esos que dijeron que era peligroso, ¿por qué le tienen miedo a la libertad si yo lo que propongo es liberar al pueblo argentino de tanta opresión estatal?” La respuesta de la gente fue: “libertad, libertad, libertad”. En infinidad de ocasiones la libertad aparecía en el centro de su discurso: cuando ponderaba vivir en sociedades “más libres”, el hecho de definirse como liberal-libertario, el nombre de su espacio político, el grito entusiasta de identificación con su militancia “Viva la libertad, carajo”.

Sin embargo, lo interesante para la presente investigación es la función que cumplió ese significante y la articulación con otras demandas a partir del efecto del discurso. En ese sentido, resulta ilustrativo otro pasaje de un posteo en sus redes sociales, el cual fue referido al cierre del apartado anterior, titulado “Los argentinos de bien tenemos una oportunidad para cambiar de verdad”:

Este gobierno nos encerró de manera criminal, nos empobreció como nunca antes y encima nos robó en la cara. (...) Los argentinos de bien sabemos que vamos a progresar cuando la casta y el Estado dejen de dirigirnos cada centímetro de nuestra vida. Cuando dejen de decirnos qué debemos hacer con nuestro dinero y en qué moneda ahorrar,

¹¹

<https://www.facebook.com/JavierMileiEconomista/posts/los-argentinos-de-bien-tenemos-una-oportunidad-para-cambiar-de-verdadeste-gobier/867254901438003/>

cuando dejen de esquilmarnos con impuestos y cuando dejen de robarnos con la inflación y la emisión del Banco Central. Ningún burócrata acomodado puede saber que es mejor para un argentino de bien. El cambio es que empecemos a ser protagonistas de nuestro propio destino.

A través de estas muestras, puede notarse la presencia de distintas demandas articuladas sobre la base de un discurso que, además de apuntar a la casta política como un poder que sometía y estafaba a los argentinos de bien, pontificaba a la libertad como la forma de solucionar esos reclamos, a partir de que los argentinos de bien se liberaran de la casta política y de la “opresión estatal”. Aquí es donde ingresaba el otro símbolo de Milei: el de un león que se enfrentaba a la casta política. El resentimiento organizaba toda una serie de intensos malestares en torno al encierro durante la pandemia, la incertidumbre debido a la inflación y la inseguridad en las calles, y tomaba cuerpo en un discurso que prometía venganza contra los responsables: ahora, era la casta quien iba a tener miedo.

De este modo, distintas experiencias vitales de las personas encontraron en este discurso una superficie de inscripción para dotar de sentido sus padecimientos. En un principio, la libertad como demanda particular surgió en el contexto de pandemia como un reclamo respecto a la extensión y la rigidez de la cuarentena. No casualmente, aunque tampoco sólo por este motivo, la figura de Milei y su enaltecimiento acerca de la libertad emergió con fuerza en ese contexto de múltiples y estrictas privaciones, y también de profunda angustia. Como señala Vázquez (2023: 92) “la noción de “libertad” formulada por los activistas puede interpretarse de manera situada como una forma de oponerse a las medidas de restricción de la circulación y, con ellas, al gobierno de Alberto Fernández y al kirchnerismo en general”.

Sin embargo, en un contexto en donde primaba una tensa insatisfacción social y un resentimiento hacia la dirigencia política, la libertad abandonó su sentido primigenio vinculado a la cuarentena y, por efecto del discurso de Milei, fue atravesada por una división que la constituyó como significante vacío: por un lado, su demanda particular se fue desdibujando a medida que se levantaban restricciones y se retomaban actividades, aunque permanecía el recuerdo del padecimiento de esa época; por el otro, la libertad comenzó a aglutinar un conjunto

de demandas y se transformó en la significación de una cadena de equivalencia que se conformaba a su alrededor en oposición al sistema político.

De esta manera, la libertad se desvinculó de su demanda particular y de su uso conceptual, y comenzó a funcionar como una forma de nombrar un ideal de sociedad plena y realizada que era negado por la casta política y el Estado. En consecuencia, al asumir una significación universal, la libertad se convirtió en un objeto de investidura hegemónico, ya que su particularidad pasó a representar a una totalidad, es decir, al ideal de sociedad que es constitutivamente inalcanzable y que no puede ser representado sino precisamente a través de una operación hegemónica. Su primer spot electoral en la campaña legislativa del año 2021, ya mencionado anteriormente, Milei lo finalizaba arengando: *“Es hora de votar por la libertad”*.

A su vez, esta constitución de la libertad como significante vacío produjo la división de las distintas demandas que se articulaban en torno a la libertad: por un lado, estaba el rasgo que las diferenciaba entre sí, es decir, su reclamo particular; por el otro, aquello que establecía una equivalencia entre todas ellas, que era su oposición al sistema político y su significación asociada a la libertad. De esta forma, el discurso de Milei recogió distintos reclamos importantes a nivel social que no encontraban otro discurso que los contuviera o que los significara de alguna manera. Así, tanto él como distintos referentes de LLA que adoptaron su discurso,

Opusieron la idea de libertad como eje rector y alrededor de ella estructuraron los reclamos contra el kirchnerismo, el macrismo y, finalmente, el statu quo. El mérito, la igualdad frente a derechos enfocados como privilegios políticos o corporativos, la capacidad de afrontar la intemperie, el cuestionamiento al feminismo, se conjugaron como formas de la libertad y aglutinaron una serie de demandas que habitan contradictoriamente ese símbolo. (Semán, 2023: 29-30)

La libertad no funcionó aquí como una abstracción que permitía establecer un denominador común entre, por ejemplo, la inflación, la crítica al feminismo, el mérito como criterio de justicia y la inseguridad. De hecho, sólo se podría establecer un vínculo conceptual entre esos asuntos a costa de deformarlos. Lo que sucedió fue que todas esas demandas hallaron una forma de vincularse y de expresarse a través del vaciamiento del significante libertad. En esa misma operación, cada demanda se vio sobredeterminada por el efecto de su articulación en este discurso

y, por lo tanto, el significado de cada una de ellas se transformó al punto de convertirse en los nombres de la libertad.

En resumen, de la misma manera en que libertad ya no significaba poder circular sin restricciones ni tampoco la facultad para actuar sin coacción, sino que nombraba un ideal social, también cada demanda particular se asoció a una falta de libertad, por el efecto de la articulación de ellas mediante el discurso: no tener la libertad para caminar por la calle tranquilo, sin miedo; no tener la libertad para ahorrar o para elegir cómo hacerlo; no tener la libertad de disponer de la totalidad de los ingresos generados, porque el Estado cobra impuestos; no tener la libertad para trabajar a través de la economía de plataformas (como Uber, PedidosYa, Rappi, entre otros), porque el Estado se entromete con sus regulaciones.

Por otra parte, Milei no sólo era el portavoz de demandas y vivencias no escuchadas por la dirigencia política sino que además ofrecía soluciones a esos problemas, lo cual fortalecía la superficie discursiva en donde esa pluralidad de demandas adquiriría un significado. En ese sentido,

Su prédica recogió todos los temas que sus adversarios políticos abandonaron, para representarlos uno por uno bajo la forma de soluciones libertarias: contra la cuarentena, la libertad; contra la inflación, la dolarización; contra la desocupación, el emprendedurismo; contra la inseguridad, el derecho a la libre defensa; contra el sistema de la casta, el “que se vayan todos”. (Semán y Welschinger, 2023: 200).

De esta forma, el discurso de Milei permitió que muchas personas pudieran “construir su experiencia, darle sentido inmediato a su práctica, hacer público un malestar privado” (Semán y Welschinger, 2023: 200). Más allá de la factibilidad técnica de sus propuestas, de las consecuencias sociales que podían conllevar o de lo inaceptable que podían ser para un sector importante de la sociedad, su carácter propositivo cumplió la función de romper con la inercia de un momento de crisis en el que parecía que la dirigencia política no tenía soluciones para ofrecer. De este modo,

Todo lo que iba sobrando lo aprovechó un polo que estructuró una convocatoria amplia y contundente alrededor de un tema de prestigio incalculable y despreciado por sus contendientes, como es la libertad, que se pobló de significados parciales nacidos de las oposiciones intensificadas por la grieta. A lo aparentemente indiscutible, las derechas opusieron términos nuevos y/o interpretaciones alternativas que terminaron por imponerse porque trazan puentes con experiencias concretas. (Semán, 2023: 30)

En este punto, es posible advertir cómo se puso en juego el doble movimiento que implica la representación a través del discurso de Milei. Por un lado, en la dimensión ascendente (desde el representado hacia el representante) el discurso de Milei efectivamente recogía las fuertes demandas sociales, principalmente el problema de la inflación, y se alzaba como el portavoz del resentimiento hacia la clase política. Sin embargo, el mecanismo de la representación no se agota en esa operación. La función del representante no consiste únicamente en el mero hecho de transmitir públicamente las demandas existentes (visibilizarlas, si se quiere), sino que el discurso del representante debe crear una articulación entre demandas diferenciales en función de una totalidad más amplia que las vuelva equivalentes entre sí y que, al mismo tiempo, se vincule con las experiencias concretas de los individuos. Allí es donde entra en juego la dimensión descendente (desde el representante hacia el representado). En el caso del discurso de Milei, esta dimensión se observa en la construcción de una incipiente identidad libertaria en torno al significante libertad, identidad que, a diferencia de los reclamos sociales, no existía previo a la intervención del actual presidente en el campo discursivo.

Conclusiones

La sorpresa ante la victoria electoral de Milei -quien en un meteórico ascenso político logró en apenas dos años pasar de ser un excéntrico economista asiduamente invitado a programas de televisión varios, a presidente de la Nación, con una escala en el Congreso en donde ejerció su cargo como diputado nacional- dice mucho acerca de la distancia entre un sector de la sociedad y otro pero, sobre todo, habla a las claras de la desconexión de una clase política que estuvo lejos de interpretar la experiencia social de la mayoría y de articular un discurso que ofreciera una significación relacionada con esa experiencia. Sin embargo, a la luz de estos acontecimientos acelerados, pareciera también que, en relación con la disputa por la hegemonía, “ni el progresismo había avanzado tanto, ni la derecha estaba tan en soledad como para que su militancia fuese un grito en el desierto” (Semán, 2023: 38).

En el trayecto de la presente investigación se ha procurado cumplir con los objetivos enunciados en la introducción: describir de qué manera el discurso de Milei articuló las principales demandas sociales en una cadena de equivalencia, analizar la frontera antagónica trazada en su discurso e identificar el significante vacío que consolidó la cadena equivalencial. Para ello, se ha partido de la base de considerar que la producción de un discurso no surge desde la nada sino que se trata de un trabajo político de significación y resignificación de determinados elementos que se encuentran sedimentados en la sociedad. El discurso que es capaz de interpelar a un amplio sector social, lo hace porque conecta con las emociones y con las costumbres de esa sociedad, con la experiencia vital de las personas, con sus anhelos; y porque logra representar, es decir, hacer presente una ausencia.

Como fue explicado en el capítulo 2, la pandemia, la crisis económica prolongada y la incapacidad de la dirigencia política para encauzar la situación, contribuyeron a crear las condiciones de posibilidad para el surgimiento del discurso de Milei. El discurso ofrecido por la clase política dominante fue perdiendo credibilidad dado que ya no se encontraba asociado a un registro de la experiencia de un sector cada vez más mayoritario de la sociedad, de tal forma que finalmente dejó de cumplir su función principal: otorgar sentido a la experiencia social, ser la base para la constitución de la objetividad. De este modo, el vacío generado habilitó

una disponibilidad social a escuchar nuevos discursos que significaran la realidad y, por añadidura, a que pudiera surgir una nueva representación política.

En ese marco, el discurso de Javier Milei recogía una serie de demandas: que baje la inflación, que no haya privilegios para los políticos, que bajen los impuestos, que haya más seguridad y mejor justicia, y que los jóvenes no se vayan del país en busca de oportunidades. La intervención discursiva del líder libertario introdujo una lógica de equivalencia a partir de la cual esa pluralidad de demandas dejaron de lado su reclamo particular, sin abandonarlo completamente, y se unificaron sobre la base de aquello que tenían en común: su rechazo hacia toda la clase política que había gobernado durante las últimas décadas. De esta forma, estas demandas encontraban la posibilidad de inscribirse en un discurso que les asignaba un sentido y que las ponía en relación las unas con las otras dentro de una totalidad.

A su vez, el discurso de Milei trazaba una frontera antagónica que dividía a la sociedad en dos partes en función de un criterio moral: por un lado, los argentinos de bien, quienes se esfuerzan y viven del fruto de su trabajo en el sector privado; por el otro, la casta política, que utilizan la gestión pública para enriquecerse y gozar de privilegios y, por ello, es la responsable de la decadencia nacional y del empobrecimiento de la población. Por un lado, la construcción de su pueblo a partir del enaltecimiento de los denominados argentinos de bien, narrados como aquellas personas honestas (que no roban) y que viven del fruto de su esfuerzo y su trabajo en el sector privado, fue posible porque conectaba con las experiencias de vida un amplio sector social y con una moralidad que ya se encontraba fuertemente arraigada.

Por el otro, bajo la lógica de erigir a los políticos como el grupo social que representaba la negación de toda posibilidad de constituir una sociedad plenamente realizada, la casta política iba al lugar de la exclusión radical o del límite antagónico que definía, por oposición, a la incipiente identidad libertaria. Esta operación discursiva resultó exitosa debido a la verosimilitud de la denuncia de que existe una casta política. Ello por dos motivos: porque señalaba una tensión irresuelta que implica la representación en la democracia moderna; y ya que el resentimiento imperante contra quienes eran considerados los beneficiarios del Estado y contra la casta política, cómplice de aquellos, encontró una articulación política a través de este discurso. Adicionalmente, a partir de la reiterativa afirmación de que “una

Argentina distinta es imposible con los mismos de siempre”, se realizaba la figura de Milei como un *outsider* respecto de la casta política y como un personaje auténtico que efectivamente era distinto al resto.

Finalmente, el reclamo de “libertad” surgido durante la cuarentena, eventualmente se desvinculó de su demanda particular y de su uso conceptual, y comenzó a aglutinar un conjunto de demandas. De ese modo, esas demandas hallaron una forma de vincularse entre sí y de expresarse a través del vaciamiento del significante libertad. Así, este significante consolidó la equivalencia entre esas demandas, que se oponían al sistema político-institucional, y se transformó en la manera de nombrar un ideal de sociedad plena y realizada que era negado por la casta política y el Estado: es decir, operó como un significante vacío. En esa misma operación, cada demanda se vio sobredeterminada por el efecto de su articulación en este discurso y, por lo tanto, el significado de cada una de ellas se transformó al punto de convertirse en los nombres de la libertad. Es por ello que el discurso de Milei no sólo era el portavoz de las intensas demandas sociales y del resentimiento hacia la clase política, sino que además operó como un anclaje para la identificación y dio vida a una nueva identidad popular.

Referencias bibliográficas

Abal Medina, J. M. (2023). El triunfo de Javier Milei o el final de la «anomalía» argentina. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/milei-anomalia-argentina/>

Bobbio, N. (1996). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid, España, Taurus.

Brusco, V. (2023). “Polarización e Identidades post partidarias en Argentina (o Los ‘copitos’ son Anti-Todo)”, en *Elecciones argentinas 2021, entre la pandemia y la polarización*. Vol. 1, N° 30, Revista Argentina de Ciencia Política.

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinacienciapolitica/issue/view/759>

Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. España, Siglo XXI.

Iazzetta, O. (2016). “Las tensiones irresueltas de la representación”, en *Elecciones y legitimidad democrática en América Latina*. CESU-UMSS, CLACSO, IESE, Plural editores.

Kulfas, M. (2023). *Un peronismo para el siglo XXI. La batalla por un desarrollo que sintonice con el mundo actual y confronte con el mito del ajuste eterno*. Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Laclau, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Argentina, Nueva Visión.

Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Argentina, Ariel.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Michels, R. (2003). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.

Morresi, S. y Vicente, M. (2023). Rayos en cielo encapotado: la nueva derecha como una constante irregular en la Argentina, en *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.

Ratto, M. C. (2023). “Elecciones argentinas 2021, entre la pandemia y la polarización”, en *Elecciones argentinas 2021, entre la pandemia y la polarización*. Vol. 1, N° 30, Revista Argentina de Ciencia Política.

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinciapolitica/issue/view/759>

Rodríguez, M. (2022). Pobrismo y casta: el lenguaje también tiene pico de inflación. *Panamá Revista*.

https://www.eldiarioar.com/politica/pobrismo-casta-lenguaje-pico-inflacion_129_8937807.html

Saferstein, E. (2023). Entre libros y redes: la “batalla cultural” de las derechas radicalizadas”, en *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Schumpeter, J. (1984). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, España, Folio.

Semán, P. (2023). Introducción. La piedra en el espejo de la ilusión progresista, en *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Semán, P. y Welschinger, N. (2023). Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden, en *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Souroujon, G. (2022). La venganza de los incorrectos. La derecha radical populista y la política del resentimiento. *Revista Stultifera*, 5(2), 101-123.

Spólita, J. I., Balsa, J. y Brusco, V. (2022). Pandemia de Covid-19: subjetividades y política en Argentina. *Cuadernos Iberoamericanos* 10(2), 60-75.

<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/201062>

Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Touzón, P. y Zapata, F. (2023a). El caos es una escalera. *Panamá Revista*.

<https://panamarevista.com/el-caos-es-una-escalera/>

Touzón, P. y Zapata, F. (2023b). Chicxulub. *Panamá Revista*.

<https://panamarevista.com/chicxulub/>

Vázquez, M. (2023). Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y “nuevas derechas”, en *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Villarreal, P. e Ipar, E (2023). “Las formas de la anti-política y sus causas en la coyuntura argentina pos-pandemia”, en *Elecciones argentinas 2021, entre la pandemia y la polarización*. Vol. 1, N° 30, Revista Argentina de Ciencia Política.

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinciapolitica/issue/view/759>

Vommaro, G. (2023). *“La ultraderecha en Argentina: entre el oportunismo y la innovación de Milei”*. Santiago de Chile, Chile, Fundación Friedrich Ebert.

<https://library.fes.de/pdf-files/bueros/chile/20671.pdf>

Diarios digitales

S/N. (7 de agosto de 2021). En su primer acto de campaña, Javier Milei prometió sacar a la “casta política” a “patadas”. *Infobae*.

<https://www.infobae.com/politica/2021/08/08/en-su-primer-acto-de-campana-javier-milei-prometio-sacar-a-la-casta-politica-a-patadas/>

Artusa, M. (14 de mayo de 2021). A diez años del 15M: ¿Qué pasó con los “Indignados” en España? *Clarín*.

https://www.clarin.com/mundo/anos-15m-paso-indignados-espana-_0_P889Od60a.html?srltid=AfmBOoroX5lwyQV4o9209DEMsn1wHHN72TWIj7ejKXChIbVnCavsWmhA

Redes sociales

Javier Milei. (19 de julio de 2023). *De un lado están los políticos. Del otro lado estamos los argentinos de bien.* Facebook.

<https://www.facebook.com/JavierMileiEconomista/posts/pfbid05vp3eLjuKF7QRRTMJCcmY4e7SibnbeZFKWJji2TAaedyp6D9qG3MH3ySvq7zhCkaI>

Javier Milei (13 de octubre de 2023). *Los argentinos de bien tenemos una oportunidad para cambiar de verdad.* Facebook.

<https://www.facebook.com/JavierMileiEconomista/posts/los-argentinos-de-bien-tenemos-una-oportunidad-para-cambiar-de-verdadeste-gobier/867254901438003/>

Javier Milei. (28 de octubre de 2023). *El ajuste es inevitable.* Twitter.

<https://x.com/JMilei/status/1718363727437697445?t=0Ei8B2SB84PZBQ2TdpsMaw&s=08>

Milei presidente. (13 de agosto de 2021). *Primer Spot de Campaña de Javier Milei: "Es hora de votar por la libertad"- 13/08/21.* Disponible al 27/10/2024.

▶ Primer Spot de Campaña de Javier Milei: "Es hora de votar por la libertad"- 13/...

Milei presidente. (11 de octubre de 2021). *2° Spot de campaña de Javier Milei- 10/10/21.* Disponible al 27/10/2024.

▶ 2° Spot de campaña de Javier Milei- 10/10/21

Milei presidente. (7 de noviembre de 2021). *Multitudinario cierre de campaña de Javier Milei- 06/11/21.* Disponible al 27/10/2024.

▶ Multitudinario cierre de campaña de Javier Milei- 06/11/21

Milei presidente. (8 de julio de 2023). *Primer Spot Oficial de Javier Milei- 07/07/23.* Disponible al 27/10/2024.

▶ Primer Spot Oficial de Javier Milei- 07/07/23

Milei presidente. (16 de septiembre de 2023). *Primer Spot Oficial de Javier Milei para las Elecciones Generales- 16/09/2023.* Disponible al 27/10/2024.

▶ Primer Spot Oficial de Javier Milei para las Elecciones Generales- 16/09/23

Milei presidente. (2 de octubre de 2023). *Javier Milei la rompe en el Debate Presidencial- 01/10/23.* Disponible al 27/10/2024.

▶ Javier Milei la rompe en el Debate Presidencial- 01/10/23

Milei presidente. (9 de octubre de 2023). *Javier Milei la rompe en el segundo Debate Presidencial- 08/10/23*. Disponible al 27/10/2024.

▶ Javier Milei la rompe en el segundo Debate Presidencial- 08/10/23

Milei presidente. (18 de octubre de 2023). *Spot Final de Javier Milei: el comienzo de una nueva Argentina- 18/10/2023*. Disponible al 27/10/2024.

▶ Spot Final de Javier Milei: el comienzo de una nueva Argentina- 18/10/23

Todo Noticias. (12 de noviembre de 2023). *DEBATE PRESIDENCIAL ENTRE SERGIO MASSA Y JAVIER MILEI*. Disponible al 27/10/2024.

▶ DEBATE PRESIDENCIAL ENTRE SERGIO MASSA Y JAVIER MILEI